EL CABALLERO DE BUEN GUSTO.

COMEDIA EN PROSA EN TRES ACTOS.

TRADUCIDA DEL ITALIANO.

POR DON MANUEL BELLOSARTES.

AÑO DE 1806.

ACTORES.

El Conde Octavio, Caballero de buen gusto.
La Condesa Beatriz, Viuda, cuñada suya.
El Condecito Florindo, hijo de Beatriz.
La Marquesita Rosaura, prometida á Florindo.
Doña Leonor, Viuda, Tia y tutora de la Marquesita.
La Baronesa Clarice, Sobrina de Beatriz.
El Conde Lelio, amigo del Conde Octavio.
Pantaleon de Bisoñosi, mercader Veneciano.
El Dr. Anselmo, Médico.
Brigela, lacayo; despues Mayordomo del Conde Octavio.
Arlequin, mozo de cocina.
Un Bibliotecario del Conde.
Un Secretario del mismo.
Dos Camareros.
Un Page de la Marquesita.
Un criado de Doña Leonor.

La Escena se representa en Nápoles.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Quarto del Conde Octavio, que estará con vestido de casa, sentado en un bufete en ademan de escribir, y leyendo un libro.

Oct. Es preciso confesar que en este siglo, mas que en los pasados, florecen los ingenios en Italia. Está tan bien escrito este libro, que le tengo como libro maestro. Y á la verdad pocos italianos escriben hoy con semejante estilo. Este sueño es una obra perfecta; y el diálogo entre el

tero y la pluma es una cosa muy graciosa. Mas parece que el sol empieza á calentar. Ya vendrán las visitas, y no es razon que me hallen con la ropa doméstica. El que quiera ser mirado con respeto, aun en su misma casa debe tener alguna sujecion. Ola, Brigela.

ESCENA II.

El dicho, Brigela y el Camarero.

Brig. Ilustrísimo Señor, aqui estoy.
Oct. Llama al Mayordomo.
Brig. Tenemos, Señor, una grande novedad.
Oct. ¿Pues qué hay de nuevo?
Brig. Que el Mayordomo no parece.
Oct. ¿Cómo que no parece?
Brig. En el quarto no está, ni tampoco sus baules, ni su ropa. Le hemos buscado por toda la ciudad, y no parece.
Oct. ¿Se ha llevado alguna cosa?
Brig. Todo lo hemos registrado y no falta cosa alguna.
Oct. ¿Por qué juzgais vosotros que ha huido, no habiendo mas que ocho dias que estaba en casa?
Brig. Señor, yo lo diré. Porque le dixo el Señor Secretario que presentase las cuentas todas las semanas.
Oct. Asi lo acostumbro y quiero yo. Cada semana se han de tomar las cuentas al Mayordomo.
Brig. Por eso viendo él que no le acomodaba; ha huido.
Oct. Me alegro. ¿Si se habrá llevado algunos zequines? Mas no importa. Si yo fuera como aquellos que solo toman las cuentas una vez al mes, me hubiera llevado mucho mas. Pero ahora será preciso tomar otro Mayordomo. Y entretanto ¿quien suplirá sus veces?
Brig. Useñoría conoce bien á sus criados, sabe sus habilidades, y sabe tambien de quien se ha de fiar: con que no podrá errarlo.
Cam. Ilustrísimo yo he sido tres años Mayordomo.
Oct. ¿Donde?
Cam. En una ciudad que se llama Vipaco.
Oct. ¡Vipaco! ¿Donde está esa ciudad de Vipaco?
Cam. En la raya de la Germania entre el Friuli tudesco y la Stiria.
Oct. Yo he andado casi toda la Europa, y no me acuerdo de tal ciudad. Me parece haber oido decir que Vipaco no es ciudad sino una aldea pequeña.
Cam. Oh Ilustrísimo Señor, no, no. Es ciudad. Lo he dicho, y es *ap.* preciso mantenerlo.
Oct. Bien, lo será. Llama al Bibliotecario. *á Brig.*
Brig. Obedezco. Maldito seas tú. ¿Vipaco una gran ciudad? ¿Y el amo se lo cree? *vase.*

ESCENA III.

Los mismos y despues el Bibliotecario y Brigela.

Oct. ¿A quien has servido?
Cam. A un Caballero de aquel pais.
Oct. ¿Qué salario te daba?
Cam. Tres zequines al mes y el gasto.
Bib. Aqui estoy, Señor, á su mandado.
Oct. Tráeme el tomo de Martiniere letra V.
Bib. Al instante, Señor. *vase.*
Cam. Ahora va á leer, y no se acordará mas de Vipaco.
Oct. El vestido.
Brig. Voy por él al momento. *vase.*
Oct. ¿Y en Nápoles has servido tambien de Camarero?
Cam. Si Ilustrísimo Señor: mas por necesidad.

ESCENA IV.

Brigela con el vestido y los dichos. Brigela va á vestir al Conde y dice el Camarero.

Cam. Trae acá ese vestido; pues á ti no te toca.
Brig. Yo soy criado.
Cam. Los lacayos no visten á los amos. *Le quita la ropa y viste á Octavio.*
Brig. ¿Quien sabe si algun dia querrá mi fortuna *ap.* que arroje yo esta librea?

ES-

ESCENA V.

El Bibliotecario con el libro y los dichos.

Bib. Aquí tiene V. S. el libro.

El Conde toma el libro, se sienta y lee.

Cam. Como llegue á ser Mayordomo, yo baxaré el orgullo á estos lacayos. *á Brigela.*

Brig. Yo espero serlo, porque el amo es un Caballero que sabe hacer justicia. *al Camarero.*

Oct. Señor Mayordomo. *al Camarero.*

Cam. Ilustrísimo Señor.

Oct. Venga Vd. acá; Señor Mayordomo.

Cam. Gracias á la bondad de Useñoría Ilustrísima.

Oct. ¿Ha servido Vd. en Vipaco?

Cam. Si, Señor Ilustrisimo.

Oct. ¿Y Vipaco es ciudad?

Cam. Ciudad, Señor, ciudad.

Oct. Pues oyga Vd. lo que dice este libro. *Lee. Vipaco aldea de Italia en el Friuli, en el Condado de Gorizia, vecino al nacimiento del rio, de quien toma el nombre.*

Cam. Creedme, Ilustrísimo Señor.

Oct. Eres un bribon; marcha al instante fuera de mi casa.

Cam. ¿Pero porque, Señor?

Oct. Marcha al instante, al momento.

Cam. Por caridad suplico....

Oct. Ménos réplicas: marcha digo.

Cam. Paciencia: marcharé.

Brig. Señor Mayordomo, le respeto. *al Camarero.*

Cam. Malditos sean los libros y quien los imprime. *vase.*

Brig. Esta la logró yo por hombre de bien.

Oct. Yo no puedo sufrir criados embusteros.

Brig. Useñoría Ilustrísima tiene buen gusto en todo, y principalmente en la eleccion de criados.

Oct. Si: yo los pago bien; los doy un salario que no dan otros; los premio y los regalo: pero quiero que no mientan y que tengan estas tres buenas qualidades: puntualidad, atencion y política.

Brig. Mi amo es adorable; yo me arrojaria por él en el fuego. ¡Qué gusto es servir á un amo generoso!

Oct. ¿Brigela, quantos años ha que estás en mi casa?

Brig. Habrá doce años, y me han parecido doce dias. Yo doy muchas gracias al Cielo de servir á un Caballero tan benigno, como Useñoria Ilustrisima y espero acabar mis dias en esta santa casa.

Oct. No he tenido motivo de quejarme de tú servicio: eres un hombre fiel, un hombre de bien, atento y civil; y por esto he determinado honrarte con el empleo de Mayordomo de mi casa.

Brig. Nada tengo que decir, Ilustrisimo Señor. Yo quedo atonito y absorto. El gozo me quita la respiracion, y no hallo términos para significar mi agradecimiento.

Oct. Las mejores gracias que me puedes dar, serán la atencion y la fidelidad en servirme.

Brig. Espero que Useñoría Ilustrísima no se quejará de mí, y que estará siempre bien servido.

Oct. Ve al instante á dexar la librea; y di al ama de gobierno que te dé dos vestidos de campo de mi guardaropa.

Brig. Gracias á la caridad de Useñoria Ilustrisima.

Oct. ¿Como estás de ropa blanca?

Brig. Tengo la que basta; gracias al Señor.

Oct. Cuida bien de que la familia viva con sujecion, trátala con honor; pero que sirva bien. Yo doy á mis criados y lacayos; como ya lo sabes, la comida en dinero; y es mi voluntad que lo que sobra de la mesa se dé á la gente pobre. Esta reparticion la debes hacer tu con modo, con justicia y con crianza para que te amen y respeten; pues á mi no me es decente velar sobre las cosas menudas de la familia, porque un buen Mayordomo lo puede gobernar maravillosamente.

Brig. ¿Y el trato de la mesa seguirá como hasta aqui?

Oct. Sí: ya lo sabes. A mi mesa se pueden sentar mis amigos sin ser convidados. Doce cubiertos pone ordinariamente el Repostero; y si crece el número, crecen estos tambien, y se arriman mas sillas. Dos entradas de seis platos cada una es mi comida regular. Alguna vez no hay sopa, pero se pone otra cosa equivalente, y de los doce platos se suelen hacer diez y seis. Una mesa de diez y seis platos calientes, es muy bastante para una comida diaria. Despues se ponen las frutas con el ramillete. El vino de mi bodega es excelente. Se darán cada dia dos frascos grandes y dos botellas, y á lo último el rosoli y el café. Por la noche nada. El que quiera cenar, que te diga lo que quiere, y se le servirá en su quarto. Acerca del tratamiento yo daré las órdenes segun el empeño en que me vea. Tú debes gastar con economía. Dirás al cocinero, que varie cada dia los platos, que sean sabrosos y de gusto; pero que no gaste superfluamente, pues todo lo que yo expendo, gusto que se aproveche; y si se gastan seis, deseo si puede ser, que parezcan doce.

Brig. Lo he entendido muy bien, y V. S. Ilustrísima será servido.

Oct. Escucha. Si quieres hacer fortuna, mejorar de condicion y asegurar el pan la vejez, no te valgas de trampas ni de artificios: pórtate bien y déxame obrar, que yo remuneraré tus servicios.

Brig. Es forzoso ser fiel con un amo, que conoce los beneficios y los premia, pero el que trata mal á los pobres criados, y es ingrato con ellos, ni se le puede amar, ni es fácil que pueda hallar gente fiel.

ESCENA VI.

El Conde, el Bibliotecario y despues un Camarero.

Bib. Me alegro, Señor, que hayais hecho tan buena eleccion. Brigela es un hombre de garbo.

Oct. Lo conozco, y por eso le atiendo y le distingo. Para que los criados esten contentos es necesario que esperen el premio de sus fatigas. Quando ven que el amo los regala y los quiere, todos le sirven con gusto.

Bib. ¿Manda Useñoría alguna cosa?

Oct. ¿Has separado los libros antiguos de los modernos?

Bib. Sí Señor.

Oct. ¿Y de quales de ellos hay mas?

Bib. De los modernos.

Oct. En este siglo todos escriben, todos imprimen.

Bib. Los libros antiguos ya parecen inútiles.

Oct. ¡Inútiles! ¿Y porque razon?

Bib. Porque los autores modernos no hacen mas que copiar á los antiguos, y con eso tenemos en los escritores de nuestro siglo todo lo que está ya dicho y redicho en los siglos pasados.

Oct. Sí: pero ¿quien podrá escribir cosa que ya no esté escrita? Sin embargo son muy necesarios los autores antiguos para confrontar y entender las proposiciones, que tal vez no han entendido los modernos.

Bib. Pues yo, Señor, tambien estoy escribiendo una obrita.

Oct. ¿Si? Vaya, me alegro. ¿Y en que te diviertes?

Bib. Estoy componiendo un libro, que se intitula: *el Pastel.* De cada libro de la librería tomo una cosa, y de este modo formo una Obra que se puede llamar universal. Esta obra será grande.

Oct. Sí, será grande en el folio, pero pequeña y muy pequeña en la subsptancia. Así que, querido Bibliotecario, no hagas tal. El mundo está lleno de semejantes obras, y sobran pasteles de esta naturaleza.

Bib. Yo solo lo hago por ocupar las horas ociosas, como lo dicen todos los que escriben.

Oct. Ocúpa as en leer. No te empeñes en aprender de memoria los títulos de los libros, los indices y las sentencias para sobresalir y lucir entre los ig-

ignorantes. Estudia con fundamento y con método, si deseas ser hombre sabio.

Bib. Pues á fe que con la multitud de Diccionarios que han salido y salen cada dia, con la mayor facilidad puede ser un hombre erudito.

Oct. El dia de hoy no se estudia con fundamento. Se recurre al Diccionario, se aprende la cosa superficialmente se forma un embrion en la fantasía; y como ninguna cosa se puede digerir bien, los mismos hombres se vuelven índices y Diccionarios.

Bib. ¿Con que no son útiles ni apreciables los Diccionarios?

Oct. Si: lo son para los hombres sabios; no para aquellos que deben aprender y estudiar, y lo hacen por los índices. Un hombre solo no lo puede saber todo. El mundo es grande, y el Diccionario geográfico es muy útil y para todos es muy necesario.

Bib. Si Useñoría no manda otra cosa, me voy á la librería.

Oct. Señor índice, servidor.

Bib. Me voy á divertir con mi pastel. *vase.*

Oct. Será un pastel de pasta de viento, hecho á gusto de su cabeza. Yo le tengo en la librería porque me cuide de los libros; no porque yo me haya de valer de sus talentos. El dia de hoy qualquiera que sabe un poco, no quiere sujecion; y esta es la razon porque muchos hombres doctos tienen que mendigar el pan. El saber cosquillea á la vanidad, y por poco que sea hincha los corazones.

Cam. Ilustrísimo el Señor Pantaleon de Bisñosi.

Oct. Que entre; y miéntras estoy con él; que no recibo á nadie.

Cam. Tambien la Señora Condesa envia á saber si V. S. Ilustrísima está ocupado.

Oct. Dila que al instante subo á tomar chocolate con ella. *vase Cam.* Mi cuñada es una muger extraña. Quiere hacerse respetar con la soberbia, y se engaña. La grandeza del nacimiento, pero con humildad en el trato constituyen el verdadero carácter del buen gusto.

ESCENA VII.

El dicho y Pantaleon.

Pant. Humildísimo criado vuestro, Ilustrísimo Señor.

Oct. Bien venido, amado mio; Señor Pantaleon: venid aquí, y sentaos á mi lado.

Pant. Obedezco con el mayor gusto.

Oct. ¿Vaya decidme, que hay de nuevo?

Pant. Ayer vendi las pieles de Moscovia, y hemos ganado en este negocio doscientos zequíes, limpios de polvo y paja.

Oct. Bueno: en dos meses no se podia ganar mas.

Pant. Si V. S. gusta aquí traygo los ciento que le tocan.

Oct. Si: dádmelos. Estos servirán para agasajar á mi sobrino que le espero por instantes de Roma.

Pant. V. S. puede ver todo el giro del negocio que hemos hecho, las compras, las ventas y los gastos.

Oct. Por ahora no. Hagámoslo así. Notarémos que he recibido cien zequíes; y de aquí á pocos dias harémos entre los dos el balance general.

Pant. Como V. S. guste. (*saca el libro*) Yo estoy siempre pronto. Hasta aquí han ido bien nuestros negocios. Los quarenta mil ducados que me habeis dado para negociar, unidos á otros veinte mil que yo he puesto han quedado limpios, y sin deber un quarto á nadie.

Oct. Para vivir y tratarme como me corresponde, y como corresponde al estado en que me hallo, han dado bastante, y yo no tengo necesidad de procurar mas ganancia. A mi me agrada hacer alguna cosa de mas; gusto tratarme en las ocasiones con magnificencia; deseo ser querido de las personas de honor, cultivar los amigos y gozar del mundo; pero esto no

lo podria hacer si el negocio no ayudara y aun excediera á las rentas de mi patrimonio. Si yo quisiera consumir con imprudencia mis capitales, como hacen otros muchos, seria digno de la mayor reprehension, y todos me tendrian por extravagante y ridículo. Por lo tanto yo he hallado esta mina: negociamos los dos; y un capital de quarenta mil ducados me hace estar alegre; sin alterar el sistema de mi casa, y sin perjudicar las rentas del patrimonio.

Pant. El es un Caballero que las entiende todas. *ap.* Alguna vez era el patrimonio de la nobleza el comercio. Y aun ahora corre en alguna ciudad esta máxima, puesto que el comercio no desluce á la nobleza. Ello es preciso acomodarse al sistema del pueblo en que habitamos, sea el que sea; y por lo mismo hay ocasiones en las que conviene disimular. Pero siempre hará muy bien quien pone su dinero á ganancias, porque coge el fruto, y se divierte.

Oct. Tambien es fortuna mia haber hallado en vos un hombre de tanta verdad y honradez.

Pant. Hago mi deber, y nada mas ¿Con que V. S. espera á su sobrino?

Oct. Si: ya ha salido del colegio, y le espero con ansia para tratar de casarle con la Marquesita Rosaura.

Pant. Buen matrimonio, y tres buenas partidas: niña, rica y única. Infinitamente me alegro. Pero hablando con perdon, ¿porque no se casa V. S. en vez de casar al sobrino?

Oct. Señor Pantaleon, Usted no me quiere bien.

Pant. ¿Porque lo dice V. S. Ilustrísima?

Oct. Si me quisierais bien, no me aconsejariais que me casase. ¿Que habia yo de hacer con una muger á mi lado?

Pant. Yo sé muy bien que no le disgustan las mugeres.

Oct. Si: trato y converso con ellas muy gustoso; pero la propia me cansaria al cabo de tres dias.

Pant. Si ella fuese buena; no se cansaria Usía tan presto.

Oct. Traedme una muger buena, y mañana me caso.

Pant. ¿Pero no cree Useñoría que las hay?

Oct. Si: las habrá, pero como un terno de Lotería; uno contra ciento, diez y siete mil, quatrocientos y ochenta.

Pant. Pues yo me empeñaré en buscaros una buena, y de su satisfaccion.

Oct. Alto pues; y para que veas que os amo, y que estimo vuestra oferta, quiero casarme, quiero tomar esa buena muger que Usted me propone; pero con la condicion de que me habeis de asegurar que es verdaderamente buena, y que siempre se mantendrá buena: y no siendo asi; me habeis de dar veinte mil ducados.

Pant. ¿Pero como podré yo daros esta seguridad?

Oct. Luego no estais seguro de que ella sea buena.

Pant. Ella buena es, pero se puede volver mala.

Oct. ¿Y con la duda de que sea buena, y con el peligro de que se pueda volver mala la he de tomar yo por muger? Señor Pantaleon, hablemos y pensemos en las pieles de Moscovia, que aprovechan mucho mas que las bodas y que las mugeres casaderas.

Pant. No sé que decir, sino que las haga quien las entiende mejor. Pero todo Nápoles lleva á mal que Useñoria no se case.

Oct. Esa es una gente que envidia mi bien estar.

Pant. Muchas damas aspiran al honor de su mano.

Oct. Yo, si tengo de decir mi parecer, á ninguna creo.

Pant. Pues en verdad que todas quieren bien á Useñoria.

Oct. ¿Me quieren bien? ¡Ah, Señor Pantaleon, que bueno sois! Aman mi poder, mi mesa y mis carrozas. Las conozco, las conozco. No me engañará ninguna.

Pant. ¿Pero porque las trata Useñoria con tanto gusto?

Oct. Si: yo me burlo de ellas, como ellas se burlan de mi. Yo me hago el des-

desentendido para gozar mejor de la Escena. ¿Me quieren bien? Mala bomba en ellas Pobre de mi si yo llegára á enamorarme de alguna: y seria mucho peor si ella lo conociera.

Pant. Pero yo volveré á preguntar, ¿porque las trata Usía?

Oct. Con alguno se ha de tratar. Poco mas ó ménos todo el mundo vive engañado: mas quien tiene buen gusto disimula quando ocurre alguna cosa, goza de lo que puede, cree lo que quiere, rie á carcaxada tendida y se figura un mundo á su modo.

Pant. Estoy por decir que me agrada ese modo de pensar.

Oct. Señor Pantaleon, ¿ teneis alguna cosa que mandarme?

Pant. Nada. Ya veo que incomodo.

Oct. Si: aprovechemos el tiempo, que es precioso. Usted le puede emplear bien en sus negocios. Yo confieso que no le pierdo inútilmente: le distribuyo en la economía y buen gobierno de la casa, en el estudio, en las cartas, en la lectura de buenos libros, en el manejo de algunos negocios serios, en la mesa, en la conversacion, y alguna vez en hacer un poco el amor.

Pant. ¿Con que Useñoría tambien sabe de amor?

Oct. Si: pero como hace el gato con la carne que se está asando en las parrillas, que la mira, la guarda y no la toca.

Pant. ¡ Oh amado Señor Conde! Qué máximas....

Oct. ¡ Ola! Criados, Camarero.

ESCENA VIII.

El Camarero y dichos.

Oct. Acompaña al Señor Pantaleon.

Pant. A la disposicion de Useñoría Ilustrísima.

Oct. Páselo usted bien.

Pant. Quando vengo á esta casa no acierto á marcharme. Hace este Caballero unos discursos que encantan. *ap.* Dios guarde á Useñoría Ilustrísima. *Le acompaña el Camarero hasta la puerta.*

Oct. Guárdeos el Cielo. Este hombre no sabe palabra de política. Cree que las visitas deben durar medio dia.

Cam. Señor Ilustrísimo.

Oct. ¿Adonde estan el Secretario y el Mayordomo?

Cam. Estan en el antesala.

Oct. Qué vengan, y tú estate ai. *los hace entrar el Camarero.*

ESCENA IX.

El Secretario, Brigela y dichos.

Oct. Secretario, responde á estas tres cartas. A la primera en términos generales, que tendré mucho gusto en servir al recomendado. A la segunda con viveza: que en servir á la recomendada Virtuosa ni haré nada, ni tendré mérito alguno; pues el gusto de tratarla recompensará todas mis atenciones. A la tercera grave: que no me gustan prevenciones, pues yo no suelo favorecer sino á la justicia. Brigela, ve á pagar dos barriles de vino que han traido. Repetirás la visita al Conde del Sarto. Si viene hoy mi sobrino, doblarás la comida. Toma: aquí tienes treinta zequíes. Camarero irás á saber como ha pasado la noche la Marquesita Rosaura, y su tia Doña Leonor. Secretario, leed este memorial, y poned las dos cartas de recomendacion para el suplicante á favor de la instancia. Advertid, Brigela, que la comida sea magnífica. Cuidado, Camarero, con el recado á la Marquesita, y á Doña Leonor. Acompañadme al quarto de mi cuñada. *vase.*

Brig. ¡ Gran cabeza!

Cam. ¡ Bello entendimiento!

Sec. ¡ Gran Caballero, y de buen gusto!

ESCENA X.

Quarto de la Condesa Beatriz.

La Condesa Beatriz y la Baronesa Claríce.

Beat. Así es, amada prima: hoy espero á mi hijo.

Clar. ¿Y es verdad que estan tratadas las bodas con él y con la Marquesita Rosaura?

Beat. Sí: tratadas están, pero temo que no se concluyan.

Clar. ¿Porque razon? La Marquesita es noble y rica.

Beat. No se concluirán, no; porque el Conde mi cuñado se ha empeñado en hacer este partido.

Clar. Como tio del Condecito lo debia hacer.

Beat. ¿Lo debia hacer? Prima, vos entendeis muy poco de esto. Yo soy la madre de Florindo, y á mi me toca buscarle esposa: y si ha de entrar una nuera en mi casa, yo debo saberlo primero que nadie.

Clar. Querida prima, perdonadme si os hablo con libertad: no lo lleveis á mal, ni os piqueis por eso, pues sabeis muy bien que el Conde Octavio es un Caballero muy prudente, y sin la menor duda yo creo firmemente que quanto ha hecho, todo cederá en utilidad de la familia.

Beat. ¿Mi cuñado es un hombre prudente? Es un perdido, un pródigo, que arruina la casa y precipita á su sobrino.

Clar. Todo Nápoles le tiene por un hombre muy sabio.

Beat. Pero no todo Nápoles sabe lo que yo sé. Las rentas de la casa no pueden sufrir tanta magnificencia y tantos gastos como hace. No, no los puede sufrir la casa.

Clar. ¿Y que quereis decir con esto?

Beat. Que pierde y gasta nada ménos que los capitales.

Clar. Todavia no ha vendido ningun mueble.

Beat. Venda ó no venda, yo quiero mi dote.

Clar. Tampoco se sabe que tenga deudas.

Beat. En llegando mi hijo dará cuenta de su administracion.

Clar. Creed, prima mia, que estais muy engañada.

Beat. Lo que yo veo es que él no lo puede hacer.

Clar. Ni vos saber nada de sus intereses.

Beat. Lo sé todo; y os digo por lo que oygo, que echa la casa por tierra, y se lo diré en su cara.

Clar. Prima mia, yo creo que no os está bien el disgustarle.

Beat. Yo no le temo, ni se me da nada de él.

Clar. Es un Caballero que no lo merece.

Beat. Sí, sí: es un Caballero que no lo merece. Ya conozco que de algun tiempo á esta parte es el Conde vuestro chichisveo.

Clar. Este nombre chichisveo ya veis que no me conviene. Mis padres ántes de morir no pensáron en colocarme. Yo estoy en una edad que sé distinguir lo bueno de lo malo: soy una muchacha noble y dama de honor. Yo no expondré mi crédito; pero si la fortuna me ofrece sus caballos, creedme, prima mia, que no perderé la ocasion.

Beat. ¿Con que si al Conde le viniese la manía de casarse, aceptariais su mano?

Clar. ¿Y porque llamais manía la inclinacion que pueda tener al matrimonio?

Beat. Mi hijo se ha de casar, y nuestra casa no puede mantener dos matrimonios. El Conde es algo anciano.

Clar. Pero sin embargo está fresco y bien tratado.

Beat. ¡Pobrecita! Ya veo yo que no os desagradaría.

Clar. ¿Pero si él quisiese tomar esposa, no os alegrariais de que esta fortuna me tocase á mí mucho mejor que á otra? Al fin somos primas.

Beat. Es verdad; pero los parientes son los mayores enemigos.

Clar. ¿Y qué queja podeis tener de mi?

Beat. Que solicitais la ruina de esta casa.

Clar. Pero si el Conde quiere casarse, no lo podreis estorbar.

Beat.

Beat. Verémos quien será esa muger impertinente, que quiera entrar en esta casa á despecho mio y contra mi gusto.
Clar. Prima, esta no es casa vuestra.
Beat. ¡Como! ¿No es casa mia?
Clar. No: porque vuestra casa está en Porta Capuana.
Beat. Pero aqui está mi dote.
Clar. El dote se pasa fácilmente de un lugar á otro.
Beat. Aqui está mi hijo.
Clar. Ya no es niño, y el tio paterno es señor legítimo del sobrino.
Beat. Por lo que veo, se puede inferir que vos habeis dispuesto las cosas de esta casa, y estais muy cerca de ser su Señora.
Clar. No tengo ninguna seguridad: mas quando la tuviera....
Beat. Aquí está el Señor Conde: sin duda vendrá por vos.
Clar. Por no disgustaros, marcharé....
Beat. Oh no hagais tal, por vida mia.
Con ironía.

ESCENA XI.

El Conde Octavio y los dichos.

Oct. Dios guarde á Vd. mi Señora cuñada.
Beat. Servidora vuestra.
Seria.
Oct. A los pies de Vd. Señora Baronesa Clarice.
Clar. Servidora humildísima, Señor Conde.
Oct. ¿En que se divierten sus Señorías?
Clar. Yo me voy al instante.
Oct. ¿Acaso porque yo he venido?
Beat. Si, Señor; porque habeis venido: la modestia la hace marchar.
Oct. Señora, yo no vengo á alterar su modestia.
á Clarice.
Clar. Mi prima se divierte conmigo.
Al Conde.
Beat. Y ella gustaria de divertirse con vos.
Al Conde.
Oct. La Señora Baronesa se merece mucha atencion.
Clar. Favor que Useñoría me hace.
Beat. Me alegro con ella, Señor Conde.
Oct. Vaya, Señora cuñada, no me envidieis esta dicha.
Beat. Antes por daros gusto, me iré.
Quiere irse.
Oct. No, no; deteneos. No teneis tan mal aspecto.
Clar. Señor, yo me iré.
Oct. No lo permitirá la Condesa Beatriz.
Beat. Por mí, si ella gusta, váyase enhorabuena.
Oct. Vaya, vaya; libertad de parientas. ¿Y bien, Señora, *á Clar.* quando tomareis esposo?
Clar. ¡Ah! no sé que responder.
Oct. ¡Pobrecita! No me gusta que perdais el tiempo.
Beat. Pues si os desagrada, vos la podréis consolar.
Oct. ¿Ois, Clarice, lo que dice la Condesa? ¿Os podré yo consolar?
Clar. Señor Conde, hasta otra vista.
Téndose.
Oct. Por Dios no os vayais tan presto.
Beat. Estais demasiado acalorado, Señor Conde.
Oct. Si: estoy como una furia. *á Beatriz burlándose.*
Beat. ¿Pues qué: os agrada la Señora Clarice?
Oct. ¡Caramba! ¿A quien no agradará? Mirad aquellos ojitos retozones...
Clar. Dichosa yo si hablára de veras. *ap.*
Beat. Bien podriais hacer este matrimonio.
Oct. Chiton, Condesa: no digais tal bestialidad. ¿Ah Baronesa, me quereis bien?
Clar. Señor, á una doncella no la conviene responder.
Oct. Pero como vuestros ojos hablan, veo en ellos la respuesta.
Clar. Sois demasiado maula, Señor Conde.
Oct. No sé quien será mas de los dos.
Clar. Vaya, vaya: basta de burlas.
Oct. Baronesa, determinad, resolved.
Clar. Prima, hasta la vista. *En acto de marchar.*
Oct. Escuchad, oid.
Clar. No quiero oir nada.

Oct. Una palabra, una palabra y no mas.

Clar. ¿Y qué cosa? *Volviendo.*

Oct. ¡Ah qué ojos!

Clar. Ya no puedo mas. *vase.*

ESCENA XII.

Los dichos y despues un Camarero.

Oct. Yo rebiento de risa.

Beat. Vos reis, y Clarice se alegra; porque....

Oct. Dexadla estar.

Beat. No quisiera, Señor Conde, que que con pretexto de risa y de burla, hagais al fin vuestro negocio.

Oct. ¿No quisiera? ¡Ah diantre! No quisiera.

Beat. Yo no puedo disimular. Lo que tengo en el corazon, tengo en la boca. Ciertamente podré estar contenta si el matrimonio del tio arruinase el de un sobrino.

Oct. (Ahora la quiero dar vaya.) *ap.* ¿Pero, querida cuñada, quereis permitir por humanos respetos, que padezca un hombre de bien?

Beat. Ya no sois mozo.

Oct. Y por esto mismo. Quando yo era mozo podia esperar alguna buena ventura. Y si ahora no me caso, ya no hallaré otra.

Beat. ¿Con qué de veras os quereis casar?

Oct. ¿Si hallase quien me quisiese; por que no?

Beat. Demasiado que hallaréis para arruinarme.

Oct. Se arruinó mi pobre hermano, con que tambien podré arruinarme yo.

Beat. Me maravillo de vos. Vuestro hermano tuvo una muger muy hábil.

Oct. Perdonadme: no me acordaba que erais viuda de mi hermano.

Beat. ¿Quereis llenar esta casa de mugeres?

Oct. Si: quantas mas mugeres, mas amigos, que las vendrán á visitar.

Beat. ¡Qué bello cuñado! ¿Y qué teneis esposa ya?

Oct. Tres ó quatro tengo: pero no sé á quien escojer.

Beat. Tomadlas todas.

Oct. ¿Si fuera licito; por qué no?

Beat. ¿Quereis que os diga una cosa? Pues sabed que se os aumentan los años y se os disminuye el juicio.

Oct. Pues ántes que se acabe de perder, quiero casarme.

Beat. ¿Y mi hijo?

Oct. Que se case tambien.

Beat. ¿Dos matrimonios de un golpe?

Oct. Yo no entro en su quarto, ni él en el mio.

Beat. ¿Y dos esposas en una casa?

Oct. Camas hay, aunque sea para ocho.

Beat. Rabiando estoy.

Oct. ¡Pobrecita! Os compadezco. ¿Quereis tambien un poco de marido?

Beat. Bien mereceriais que lo hiciese.

Oct. ¡Cáspita! Seria un gran chasco.

Beat. Saldria el dote fuera de casa.

Oct. Me alegrára mucho, pues así saldríais vos con él.

Beat. Lo sentiria por mi hijo, y nada mas.

Oct. Oh que amor el de los padres á los hijos. Quisiera ver á mi lado tres ó quatro hijos que me consolasen.

Beat. Solo lo decís, por hacerme rabiar.

Oct. Rabieis, ó no rabieis, yo me gozaré con mi esposa.

Beat. Todavía no lo creo.

Oct. Señora cuñada, mirad esta sortija.

Beat. ¿La habeis comprado para vuestro sobrino?

Oct. No, sino para mi esposa.

Beat. Un calor me sube á la cabeza que me abrasa.

Oct. Hacer rabiar á las mugeres es una delicia. *ap.*

Cam. Ilustrísimo. La Señora Doña Leonor envia á decir que quiere volver la visita.

Oct. ¡Oh querida Doña Leonor! Ella es una viuda agraciada.

Beat. ¿Y esta tambien os gusta?

Oct. A mí me gustan todas.

Beat. ¿Viene sola?

Cam. Viene con la Marquesita su sobrina.

Oct. La Marquesita Rosaura, que será vuestra nuera.

Beat. ¿Mi nuera? Dilas que no estoy en casa.

Oct.

Oct. ¡Qué despropósito! Me maravillo de vos, Señora cuñada, en este lance entro yo. El matrimonio se ha manejado por mí; y si vos no la recibis, la recibiré yo en mi quarto.

Beat. Bien; bien: la recibiré. Dila que es muy Señora de mi casa. Pero sobre este matrimonio tenemos mucho que hablar.

Oct. ¿Y qué teneis que decir?

Beat. Que no se me ha hablado, como correspondia.

Oct. Ya os he hablado yo.

Beat. Como madre debia haberlo sabido la primera.

Oct. Perdonad: no lo habia pensado. Me enmendaré. Quando yo me case, lo sabreis primero que todos.

ESCENA XIII.

La Marquesita Rosaura, Doña Leonor y dichos.

Leon. Condesa mia, soy vuestra servidora.

Beat. Doña Leonor, á la disposicion de Usted.

Ros. Señora Condesa, ofrezco mis respetos.

Beat. Muchas gracias, Señora Marquesita.

Oct. Hermosas damas.

Ros. y Leon. Servidora, servidora.

Se sientan.

Leon. Hemos salido para visitar á mi hermana, y me ha parecido regular traeros á la Marquesita.

Beat. Me alegro de que con este motivo hayais hecho una visita mas.

Ros. Estoy agradecida al Señor Conde, que ha enviado á saber como hemos pasado la noche.

Oct. Esto es una atencion de mi respeto debido á una dama de tanto mérito.

Leon. Yo tambien he recibido el mismo recado, no sé si por gracia, ó por accidente.

Oct. Por el deseo que tenia de serviros, y de saber de vos.

Leon. Yo no soy digna de tanta gracia.

Oct. Pues en verdad que vuestra gracia es lo que yo deseo.

Beat. ¡Qué diantre de cuñado! A todos hace cara. *ap.*

Leon. Dichosa yo si lo dixera de veras. *ap.*

Oct. Señora novia, parece que estais un poco melancolica.

Ros. Pues interiormente no lo estoy.

Beat. ¿Qué; es novia la Señora Marquesita? Me alegro infinito.

Leon. Mejor lo sabeis vos que nadie.

Beat. ¿Yo? No sé nada.

Leon. Señor Conde, ¿de donde nace esta ignorancia de la Señora Condesa?

Oct. Nace de la bizarria de su espiritu. Ella sabe muy buen que se ha concluido el trato de las bodas entre la Señora Marquesita Rosaura y el Condecito Florindo mi sobrino: sabe el dote, los pactos acordados: sabe que todo el negocio está en mis manos. Todo lo sabe, de todo está contenta, y sin embargo pretende burlarse de la novia haciendo ver que lo ignora todo.

Beat. Cierto es que todo lo sé; pero no por parte de la Señora Marquesita.

Ros. Perdonad, Señora Condesa; yo estoy en una disposicion de no deberme ocupar en tales negocios; pero aun quando hubiera podido disponer de mí misma; no era regular que yo hubiera venido á pedir al novio.

Leon. Yo esperaba que la Señora Beatriz hubiera venido á favorecerme, y á darme alguna señal, ó alguna muestra de su agradecimiento.

Beat. ¡Hay tal! Ya he dicho que no he sabido nada desde el principio, y tampoco quiero saberlo en adelante. Yo haré de mi dote lo que quiera

Oct. No penseis, Señora cuñada, que se pretenda asegurar el dote de la novia con el vuestro. Yo me obligo, y yo solo seré responsable á mi sobrino.

Beat. Mi hijo no ha dado su consentimiento todavia.

Oct. Le dará, le dará.

Beat. Puede que si, y puede que no.

Oct. Le dará, le dará.

Beat. Temblando estoy de rabia. *ap.*

Cam. Ilustrisimo ya ha llegado el Señor Condecito.

Beat. ¿Mi hijo?

Se levanta.

Oct. Divertid á estas damas; pues voy á salirle al encuentro.

Beat. No Señor; no: es mi hijo, y yo quiero ser la primera.

Vanse Beatriz y Camarero.

ESCENA XIV.

El Conde Octavio, Doña Leonor y Rosaura.

Oct. Buen viage. Señoras mias, no hagais caso del temperamento de mi cuñada. Ella es loca, y muy puntillosa.

Ros. Yo debo hacerle; porque si ha de ser mi suegra, es preciso ver como he de poder sufrirla.

Leon. Señor Conde, favorecednos, y hacednos la merced de venir á sentaros aquí en medio de nosotras: y ahora que no está Beatriz delante, hablarémos.

Oct. ¡Oh qué ocasion de estar entre dos damas tan bellas!

Se sienta.

Leon. ¿Que decís de mi sobrina? ¿No es una muchacha de garbo?

Oct. Si ciertamente. Es de un espíritu delicado; y una de aquellas que mas enamoran callando que hablando.

Ros. Teneis razon: porque mis palabras son muy desabridas.

Oct. No Señora, no es por eso: yo me explicaré. Vuestras palabras llenas de modestia pueden sujetar á un amante; pero vuestros ojos aun á despecho vuestro enamoran. Todas las mugeres gustan que les alaben sus ojos. *ap.*

Leon. No lo digo por hablar; pero el Condecito Florindo se puede tener por muy dichoso, si logra una esposa como esta.

Oct. Ciertamente envidio la suerte de mi sobrino.

Ros. ¿Señor, os burlais de mí?

Leon. Querido Señor Conde, decidme la verdad; os casariais de buena gana?

Oct. Yo no he hecho juramento de no casarme.

Leon. Mucho mejor seria para vuestra casa que buscáseis una compañera. No sabemos como saldrá vuestro sobrino.

Oct. Es hijo de la Condesa Beatriz, y no se puede esperar que sea un corderito.

Leon. Vos sois un Caballero de las mejores prendas.

Ros. Feliz aquella muger que fuese digna de tal consorte.

Oct. Señoras mias, yo me ensoberbezco; y en verdad, en verdad que me vienen ganas de casarme.

Leon. Declaraos, que no faltarán partidos.

Ros. Vos mereceis ser preferido á todos.

Oct. Marquesita, ¿me habeis preferido á mi sobrino?

Ros. Señor, no me permite mi edad que os responda.

Oct. Habeis dicho lo que basta.

Leon. No, Conde: la edad de Rosaura no es proporcionada á la vuestra. A vos os conviene una dama que sepa conocer vuestro mérito.

Oct. Pero yo no la quiero vieja.

Leon. Yo no digo vieja; sino que digo que no sea tan jóven.

Ros. Mi tia habla por sí misma. *ap.*

Oct. ¿Os parece bien de vuestra edad?

Leon. Cierto: y vos os remozariais.

Oct. ¿Y si fuese viuda, iria bien?

Leon. Mejor para vos.

Oct. ¿Para mí? Perdonadme. Yo no estoy todavía bastantemente persuadido.

Leon. Una viuda tiene mucho mas juicio.

Oct. ¿Qué decis, Señora Rosaura? ¿Entendeis lo que dice la tia?

Ros. Yo digo que cada uno defiende su causa.

Oct. Pues ahora toca á vos defender la vuestra.

Ros. No es lícito á una niña hablar de estas cosas.

Oct. Si vos no quereis, la defenderé yo. Vos sois una mocita de garbo. ¿No es verdad Señora Doña Leonor?

Leon. ¡Oh de garbo! Sí: pero, por la edad, y para vuestro sobrino, mas para un Caballero de gusto no haria al caso.

Oct. ¿Pero Doña Leonor, no habeis dicho vos que el Conde Florindo se podia llamar dichoso con una esposa de este carácter?

Leon. ¡Oh! para un mozo es bella y buena; mas para un hombre hecho no haria al caso. Yo no digo que no sea linda; pero es un poco veleta: es jovencita y graciosa, pero sin juicio.

Ros. ¡Bellas recomendaciones para una tia!

Oct. Ya ha venido mi sobrino de Roma. Entre él y la Marquesita está tratado el matrimonio, pero no concluido. El tiene que dar su consentimiento, y me disgustaria infinito que no quisiese darle.

Leon. En este caso vos podiais casaros.

Oct. En este caso me insinuaria yo á la Marquesita.

Leon. ¡Oh! la Marquesita no hace para vos.

Ros. ¡Qué envidia tienen siempre las viudas á las niñas casaderas! *ap.*

Oct. Doña Leonor, decidme, ó quien me podré yo inclinar en este caso? *Baxo á Leonor.*

Leon. A una muger que os ama; y que teniendo ya sujetos los pasos de la juventud, sabe conocer el precio de una llama amorosa. *Baxo al Conde.*

Oct. Bien: me aprovecharé del consejo. *Baxo á Leonor.*

Leon. Parece que no desagrado al Conde. *ap.*

Oct. Amada Marquesita vos sois demasiado bella.

Leon. Vaya, no os burleis de la pobre muchacha.

Oct. En verdad me gusta.

Leon. Conde Octavio, vos os burlais de mi sobrina.

Ros. ¿Señor, oís lo que dice mi tia?

Oct. Vaya, Doña Leonor, ya lo tengo entendido; pero dexadme hacer justicia al mérito de la Marquesita.

Leon. Alto pues. Ya conozco que la teneis armada contra ella: ¡pobre sobrina! No tengo corazon para ver que la escarnecen. Vamos pues, sobrina, vamos. *Se alzan.*

Oct. Señora Rosaura, no soy capaz de una mala accion.

Ros. Yo sé muy bien de que sois capaz, y de lo que lo es mi tia.

Leon. Animo, vamos adelante.

Ros. Servidora humildisima.

Oct. Adios, novia adorable.

Ros. Mi tia me mata con sus miradas atravesadas. *vase.*

Leon. ¿Qué decís de la desvergüenza de mi sobrina? Señor Conde, feliz aquel que se pueda casar con una muger de mediana edad. *vase.*

Oct. ¡Qué gusto! ¡Qué diversion! Pero que locos son los que suspiran por las mugeres. Quien la sabe hacer, la juega de diestro. El dia de hoy esta es la verdadera regla; burlarse de todas, y no inclinarse ni aficionarse á ninguna.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Quarto del Conde Octavio.

El Conde, Brigela y despues el Camarero.

Oct. Preparad la mesa en la sala fresca.

Brig. Muy bien Ilustrísimo.

Oct. ¿Te ha dado el cocinero la nota de los platos que se han destinado para hoy?

Brig. No, Señor Ilustrísimo no me la ha dado.

Oct. Sabed para en adelante que yo lo acostumbro así. Quiero que el cocinero dé la nota de los platos con su órden y distribucion al Mayordomo; el qual llamado por mí á su tiempo me la dará para ver si me acomoda. Así jamás me sucederá que algun dia me haga quedar avergonzado el cocinero con una mala comida.

Brig. Yo espero que él hará todo lo que se le mande.

Oct. Yo gusto mucho de que en mi mesa se pongan y sirvan buenos platos á la francesa, piamontesa, inglesa; pues para eso tengo un cocinero de habilidad conocida. Mi comida consiste en una buena sopa, una olla abundante, un capon, un buen pedazo de baca

con

con salsa y sin especias, una perdiz ó alguna otra ave bien asada, y dexo los pasteles y otros tales guisados para aquellos que se quieren abreviar la vida.

Brig. V. S. Ilustrísima es un Caballero de buen gusto en todo, pero mas particularmente en la comida.

Oct. Hoy quiero ver la lista de los platos.

Brig. Si Useñoría lo manda, la iré á buscar.

Oct. Si; tráela, y que venga el cocinero.

Brig. Useñoría será servido. Es preciso ver primero si querrá venir. El es un frances con su poquito de vanidad. *ap. y vase.*

Oct. ¡Ola!

Cam. Ilustrísimo.

Oct. Que venga el Secretario.

Cam. La Señora Marquesita Rosaura, y Doña Leonor dan gracias á V. S. Ilustrísima.

Oct. Ya las he visto. Vé á casa de la Baronesa Clarice de parte mia y de mi cuñada, y dila que me haga el honor de favorecernos hoy á la mesa.

Cam. Ilustrisimo bien.

Oct. Y que si su hermano y cuñado están en la ciudad, ó algun otro forastero, que vengan todos.

Cam. Bien, Señor Ilustrísimo. *vase.*

Oct. Quiero celebrar la venida de mi sobrino. Pero todavia no le he visto, porque estará entre los brazos de su madre. Quiera el Cielo que esta madre no destruya en un instante la buena educacion que ha tenido en el colegio.

ESCENA II.

El Secretario y dicho: despues el Camarero que entra y sale.

Sec. Aquí estoy á la disposicion de Useñoría.

Oct. Escribid. *El Secretario se sienta y escribe.* Madama. Siempre me han sido muy apreciables sus cartas de V., pero mas que todas la de diez del corriente: pues haciéndome en ella un encargo, me habeis asegurado que estimais mi servicio. Sin esto seréis obedecida; y correspondo á vuestras tiernas expresiones con el mayor agradecimiento. Diez años ántes hubiera tomado la posta, para haberla oido de cerca; pero si determinais venir á Nápoles, como lo insinuais, vuestros bellos ojos me remozarán, y os espantaréis vos misma del milagro que hará vuestra hermosura. Madama, vuestro leal amigo y servidor obligadísimo. = *El Conde Astolfo.* Cerrad la carta.... A Madama la Condesa Belvisi.... Roma.

Cam. Ilustrísimo el Médico os quiere hacer una visita.

Oct. Dile que se quede á comer con nosotros. Entre tanto llévale á la librería. Mas gusto tengo en verle quando estoy sano, que quando estoy enfermo. *vase el Camarero.*

Sec. ¿Por qué Señor?

Oct. Porque quando estoy sano le recibo como amigo, y como enemigo quando estoy enfermo.

Sec. El Señor Dr. tiene mucho cuidado de la salud de Useñoría.

Oct. Yo no lo puedo creer; porque saca mas provecho de mi enfermedad que de mi salud. ¿Has escrito las tres cartas que te he mandado?

Sec. Si, Señor Ilustrisimo.

Oct. Tráelas.

Sec. Aqui están. *Octavio lee para sí.* Mi amo es adorable; pero sabe demasiado; y para escribir me pone en grande aprieto.

Oct. Mas laconico, mas laconico *Leyend.*

Sec. Decir mucho en poco no es posible. *Para sí.*

Oct. Estos superlativos son morralla. ¡Hay tal! *Leyendo.* Yo no quiero estas palabras afectadas que hoy se usan. Escribid en buen italiano, sin necesidad de un estilo encrespado y altisonante.

Sec. Este es el estilo del dia. *Para sí.*

Cam. Ilustrísimo aquí está el Conde Lelio.

Oct. Dile que ha venido mi sobrino, y que se ha de quedar á comer con nosotros. Si quiere divertirse llevale á

la galería. Secretario, estos términos tan baxos vayan fuera. *vase el Cam.*

Sec. De los mismos se sirve Useñoría, quando habla.

Oct. Quando se habla es una cosa, y quando se escribe otra: *Verba volant, scripta manent.* Las palabras se las lleva el ayre, y los escritos duran siempre. Arréglate para otra vez; pero esta carta la escribirémos juntos.

Sec. Perdonad, Señor Illustrísimo.

Oct. Sí: te compadezco. Con el tiempo me servirás admirablemente.

Cam. Ilustrísimo la Baronesa Clarice.

Oct. Bueno. Sube recado á la Condesa mi cuñada, y díla que me dispense por ahora; pero si no la recibe, avísame. *vase Camarero.* Secretario, ¿á un Intendente das colendísimo?

Leyendo.

Sec. Así se acostumbra con los otros Caballeros.

Oct. A la francesa, á la francesa. Monsieur.

Cam. El Señor Pantaleon de Bisoñosi.

Oct. ¿Quien está en la antesala?

Cam. El sastre y el tapicero.

Oct. Llévales al Mayordomo. El Señor Pantaleon que pase por la otra sala y entrále aquí.

Cam. Obedezco.

Oct. ¿Ha recibido mi cuñada á la Baronesa?

Cam. Sí; Ilustrísimo Señor, pero rechinando los dientes.

Oct. Nunca los alarga sino quando murmura del próximo. *vase Camarero.* Secretario, vuelve á escribir la primera carta, y á la noche la verémos.

Sec. ¿Y estotra, Monsieur?

Oct. Sí: pocas ceremonias.

Sec. ¿Y á esta dama?

Oct. Alguna caricia, alguna palabra brillante.

Sec. No sé si saldré con ello.

Oct. ¿Haz hecho alguna vez el amor?

Sec. No, Señor Ilustrísimo.

Oct. Nunca serás hombre de espíritu.

Sec. Creo que si me enamorára, sería peor.

Oct. Una cosa es enamorarse, y otra hacer el amor.

Sec. Perdonad; yo no hallo diferencia alguna.

Oct. Ni yo quiero ser tu maestro.

Sec. Mucho siento no poder servir en esto á Useñoría.

Oct. No, no importa. Para los negocios de amor no me valgo de mis criados. Esto no conviene á un Caballero honesto. Yo sé obrar quando quiero. Vete.

Sec. En verdad que se puede aprender de mi amo qualquier cosa. *vase.*

Oct. Mi Secretario no está cortado segun el gusto del gran mundo: pero no importa; pues así le quiero yo para mi servicio.

ESCENA III.

Pantaleon por otra puerta, y el dicho.

Pant. Servidor de Useñoría.

Oct. Buenos dias, Señor Pantaleon.

Pant. Me han hecho entrar por esta puerta excusada.

Oct. Yo diré. Como me he negado á otras personas, quiero evitar la crítica y preferir la suya.

Pant. Vengo á hacer saber á Useñoría como se me ha presentado un buen negocio.

Oct. Hacedlo. Vos no teneis necesidad de avisarme.

Pant. Es que se trata de una compra que subirá á diez y seis mil ducados, y es preciso que Useñoría lo sepa.

Oct. A la verdad es fuerte golpe. ¿Lo teneis en dinero?

Pant. No tengo bastante.

Oct. ¿Y que es lo que quereis comprar?

Pant. Diamantes y perlas.

Oct. ¿Quién las vende?

Pant. Un persiano.

Oct. Bueno: género de su país. ¿Y es de primera mano?

Pant. Sí: Señor Ilustrísimo de primera mano.

Oct. ¿Lo ha visto acaso alguno?

Pant. El llegó esta mañana, y yo he sido el primero.

Oct-

Oct. ¿Y los diamantes son demsiado grandes?
Pant. Todos son medianos.
Oct. Mejor, así se venderán fácilmente. ¿Y las perlas son iguales, blancas y redondas?
Pant. Perfectísimas.
Oct. ¿Os parece buen negocio?
Pant. Me parece que se puede ganar el doble.
Oct. Andad pues, y acabad el contrato.
Pant. Despues pensarémos en su venta.
Oct. Las perlas se venderán por la Romania: los diamantes se enviarán á Venecia; pero escogedme primero media docena de superior calidad para un anillo.
Pant. ¿Es para hacer algun regalo?
Oct. Para mi sobrino.
Pant. Pensé que seria para alguna señorita.
Oct. ¡Oh! Yo no entiendo de ragalar á mugeres. Palabras quantas quieran; alguna comida y algun bayle, eso si; pero regalos, eso no. Si se enamoran de mis alhajas, no se enamoran de mí: si me aman por interes, no me aman por aficion: y si no me aman por afecto, ¿qué haré yo de su amor? Una muger que me hace buena cara por una sortija, la pongo en el mismo lugar que á la que me la hace por quatro reales.
Pant. Bravo: mucho me gusta ese modo de pensar. A la verdad quando yo era mozo, me pilláron bastante.
Oct. Y ahora que sois viejo, ¿cómo os conteneis?
Pant. Ahora que soy viejo estoy cierto de que se burlan de mí, y con todo eso, no me desagrada. Si me miro al espejo veo que estoy encendido y encrespado: y quando una muger me dice que parezco un mocito, yo la creo, me da gusto en esto, y la regalo por la burla que me hace. El hombre que se ama á sí mismo, gusta ser adulado; y fácilmente se cree lo que se desea. Me parece que todavia tengo aquel espiritu, que tenia treinta años ha. No puedo decir lo mismo de las fuerzas; y por esto me arreglo á mi edad. Por esta razon no permito que las diversiones me roben el tiempo para continuar mis negocios. Ahora mismo estaba muy divertido, pero todo lo dexe por ir á concluir el negocio con el mercader persiano. Despues volveré y contaré los peligros en que me he visto. *vase.*
Oct. ¿Se habrá visto viejo mas gracioso? Con estos hombres de espiritu trato yo de muy buena gana. Sin embargo yo camino por un rumbo muy contrario, pues él cuenta que ha sido burlado de las damas, y yo hago vanidad y profesion de burlarme siempre de ellas.

ESCENA IV.

Brigela, despues Arlequin, el Camarero y dicho.

Brig. Señor Ilustrísimo el cocinero no puede dexar la cocina, y por consiguiente no puede traer la lista de los platos.
Oct. ¿La ha hecho?
Brig. Si Ilustrísimo, y ha mandado al pinche que la trayga.
Oct. ¿Al pinche?
Brig. Así es.
Oct. Dile que venga.
Brig. ¿Quiere Useñoría perder el tiempo con un simple?
Oct. Quiero divertirme un rato.
Brig. Bien, Arlequin, entra al instante.
Arl. Lustrísimo, Celencia, y Useñoría Señor mi amo.
Oct. ¿Qué quieres?
Arl. Nada á la verdad, Celencia.
Oct. ¿Pues á que has venido?
Arl. Es que me lo han mandado.
Oct. ¿Y quien te lo ha mandado?
Arl. Con respeto de su Celencia sea dicho: el cocinero.
Oct. ¿Y que te ha mandado hacer?
Arl. Que venga á decir á su Celencia si la pitanza está buena, ó mala.
Oct. Y á donde está la pitanza.
Arl. En la cocina.
Oct. Pues si está en la cocina, ¿cómo sabré yo si está buena, ó mala?

Arl. Lo mismo decia yo.
Oct. Tú eres famoso, pero el cocinero es un ignorante.
Arl. ¡ Oh ! ya se ve. Sino fuera por mí, andaria perdida la cocina.
Oct. ¿ Sabes guisar ?
Arl. Sí, Señor, y no, Señor.
Oct. ¿ Como puede ser sí, y no ?
Brig. V. S. Ilestrísima necesita mucha paciencia para sufrir á este fatuo.
Oct. ¡ Cuerpo de tal ! (*Serio*) Mayordomo, pareces un hombre de garbo, y que solo trata con personas de espíritu. Si no me gustase hablar con simples, tampoco hablaria contigo. No abuses de mi bondad; y ántes de abrir la boca para hablar conmigo, piensa primero lo que conviene decir. ¿Arlequin, qué papel es ese que tienes en la mano ?
Brig. Me atrapó. *ap.*
Arl. Es una carta que me ha dado el cocinero.
Oct. ¿ Sabes leer ?
Arl. No, Lustrísimo Celencia.
Oct. ¡ Cómo ! ¿ No sabes leer ? Yo no quiero en mi servicio gente que no sepa leer. Te despediré al instante.
Arl. Sé un poquito, pero no lo bastante.
Oct. Lee esa lista.
Arl. Parece que se divierte, y quiero darle gusto con mil despropósitos y disparates. *ap.*
Oct. Vaya lee con ánimo, con espíritu y claro.
Arl. Al instante. Y. p. q. r. a. a. (deletreando graciosamente.)
Brig. Déxale, Ilustrísimo Señor, que yo leeré.
Oct. No se incomode, Señor Doctor, y vaya á leer su diario, y guárdese bien de que no se llene la suma. *serio.*
Brig. Paciencia. El tiene razon, y yo demasiado zelo. *vase.*
Oct. Vamos, lee alto, claro y despacio.
Arl. Ahora que no está Brigela leeré con franqueza. El me acobardaba.
Oct. Este es un hombre original. Brigela es bueno, pero es forzoso tenerle sujeto. Vamos lee.
Arl. (*Leyendo.*) Primeramente flatos de la primera enterrado.
Oct. Que dices, hombre dirá platos de la primera entrada.
Arl. Bien : Dos popas de estuco hechas á torno.
Oct. Bellísimo. Dirá así : dos sopas de jugo de extracto de Coturno. Adelante.
Arl. Un flato en los intestinos.
Oct. Bueno, bueno. Un plato de lacticinios.
Arl. Lo mismo es. Dos campeones refrendados.
Oct. ¿ Dos que ? Qué gusto me da el oirle Dos capones helados.
Arl. Quatro pilastras sin usos.
Oct. Lindamente dicho. Quatro pollos sin huesos.
Arl. Un pastel de ocho sonajas con la peste oxalada.
Oct. ¿Oh naranjo, que dices ? Un pastel de ocho codornices con la pasta oxaldrada.
Arl. Un fracasó de burdel.
Oct. ¿ Qué lees, demonio ? Un fricandó de ternera.
Arl. Un carnero y sus riñones con unas calzas tudescas.
Oct. No se puede decir mejor. Bruto, animal, un plato de pichones con su salsa tudesca.
Arl. Segunda enterrada.
Cam. Señor Ilustrísimo el Condecito.
Oct. Que venga, que venga.
Vase el Camarero.
Arl. Segunda enterrada.
Oct. Vaya, presto, presto.
Arl. Un Ariosto á la Olandesa.
Oct. Presto digo.
Arl. Un banduilo á la Inglesa.
Oct. Aprisa, maldito.
Arl. Un pilatos á la Francesa.
Oct. Si no acabas ó marchas, te zurro el valago.
Arl. Y un cingolondango á la Italiana. *ap.*
Oct. ¿ Qué has dicho ?
Arl. He dicho : buenos dias, Celencia. *vase.*
Oct. Alguna vez me divierten las simplezas. El hombre se rie de los defectos agenos ; no porque los defectos lo merezcan, sino porque hallándose sin ellos, se alegra interiormente y manifiesta que se consuela con la risa.

ESCENA V.

El Condecito Florindo, y el dicho.

Flor. Estoy á la obediencia de mi Señor tio.

Oct. Bien venido, querido sobrino. ¿Has tenido buen viage?

Flor. Bellisimo.

Oct. Me parece que hablas poco: y en verdad que en Roma, donde has estado hasta ahora, se habla demasiado.

Flor. Hablo poco por no errar.

Oct. Esta es máxima de colegio. Es sin duda un salvage quien escasea las palabras; y el que habla mucho es tenido por hombre de espiritu.

Flor. Señor, á mi me han enseñado á distinguir á los hombres de espíritu, y á los de juicio: y he entendido que los hombres de espíritu hablan mucho, y hablan inconsideradamente; pero los hombres de juicio hablan poco, y hablan bien: y esto creo que es mucho mejor.

Oct. La distincion es verdadera, y las máximas no pueden ser mejores; pero si quieres pasar por hombre de juicio, tendrás la conversacion contigo solo, y te verás en trabajos para encontrar un compañero. A uno que se procure veneracion con el silencio, y quiera hacer del serio y magestuoso le está bien hablar poco y bueno; pero á un jóven rico como tú, y que ha de vivir en el gran mundo, es preciso un poco de soltura de lengua. Al que habla mucho, aun los desatinos se le disimulan, y á quien habla poco, se le pesan las palabras. Quien habla mucho, con el tiempo aprende á hablar bien; pero quien habla poco, siempre piensa que habla mal.

Flor. Señor, yo me gobernaré por su prudencia.

Oct. Si fueras ignorante, estaria muy gustoso con que calláras eternamente; pero yo sé que has estudiado, y que tus maestros estaban contentísimos contigo.

Flor. A lo ménos he procurado no perder el tiempo.

Oct. ¿Has estudiado bien la Filosofia?

Flor. He pasado todos los cursos enteros.

Oct. ¿Pero has estudiado la Filosofia del hombre?

Flor. He estudiado la que llaman peripatética.

Oct. ¡La peripatética! ¡Eh! Filosofia de niños. La Filosofia del hombre yo te la enseñaré, y es esta. Buen discernimiento en las cosas humanas; conocer bien el carácter de las personas; dificultar sobre los accidentes que acaecen; amar y procurar ser amado. ¡Ola! Entiéndase esto del amor de amistad. No pienses que yo te quiero insinuar lo mismo que te debo corregir. No obstante sin ofender, ni ridiculizar estas máximas rigurosas, puedo hablar tambien de otra especie de amor. Ya sabes, Condecito mio, que te tengo preparada una novia. Qué ¿Te avergüenzas? Buen muchacho. ¿Pero porque te sonrojas? En verdad que me vienen ganas de filosofar sobre esto. La alteracion del color en el rostro proviene ciertamente de un extraordinario movimiento del corazon, que al pronunciar las palabras se conmueve, y da un movimiento vigoroso á la sangre, la qual luego sube y se esparce con mas abundancia en el rostro. Si tu corozon se ha alterado con mis palabras y ha correspondido á esta Señor, está poseido de malicia. Luego, sobrino mio, en el acto mismo de haberte sonrojado por disimular ó aparentar modestia, arguyo que estás bien provisto de demasiada malicia.

Flor. Señor tio, vos me mortificais.

Oct. ¡Pobrecito! Y á la verdad es grande mortificacion pasar de repente desde el colegio al tálamo nupcial; pero quando veas la novia, olvidarás toda la Filosofia escolástica. Verás que muchacha de garbo. ¡Ola! ¿Te ries? ¿Inocentito, te ries? Gran madre es la naturaleza. Ella enseña la cosa mas bella del mundo.

Flo. Si me veis silencioso y confuso, esto nace de que mi madre me ha llenado la cabeza de mil cosas fastidiosas.

Oct.

Oct. ¿Pues que te ha dicho?

Flor. Tantas cosas....

Oct. Te ha dicho acaso que yo he proporcionado la novia; que ella no consiente, y que no es digna de ti? ¿Te ha dicho esto?

Flor. Eso; y otras cosas, y mucho mas.

Oct. Te ha dicho que yo destruyo tu patrimonio; que gasto mas de lo que entra y que arruino la casa?

Flor. Señor....

Oct. Dimelo libremente. ¿Ha dicho todo esto?

Flor. No lo puedo negar.

Oct. ¿Sabes de cuentas? ¿Has estudiado alguna cosa de álgebra?

Flor. Sé lo bastante.

Oct. Pues en dos horas y no mas te haré ver como despues de la muerte de mi hermano he pagado seis mil ducados de deudas, y he mejorado el patrimonio.

Flor. Si es así, estoy contentísimo.

Oct. Lo tocarás con la mano.

Flor. ¿Pero por qué dice esto mi madre?

Oct. Porque es muger.

Flor. ¿Como por que es muger? ¿Qué quereis decir con esto?

Oct. Si hubieras estado en un colegio de mugeres, sabrias que las mugeres regularmente piensan lo peor, juzgan como las parece, y quieren que todo sea como lo piensan. Condecito mio, lo verás.

Flor. Vos me quitais la voluntad de casarme.

Oct. Si todos dixeran lo mismo, pobre mundo.

Flor. Pero vos no os habeis casado.

Oct. Ni tampoco me casaré.

Flor. ¿Y me quereis hacer á mí este regalo?

Oct. Lo hago para conservar la casa.

Flor. ¿Y por qué vos no la conservais?

Oct. Vaya: vamos á hacer una visita á la Marquesita, vuestra novia, que está aqui cerca de casa. Si te acomoda, tomala; y sino, despues de haberla visto, no me importa. Acerca de la casa yo pienso en mí; tu piensa en ti: cada uno piensa para si mismo. Algunos se desesperan porque no tienen herederos: otros dicen: muerto yo, muerto el mundo. Yo soy uno de estos. Vamos á ver á la Marquesita. *vase.*

Flor. Qué extravagancia, pasar de la seriedad del colegio ab bullicio del gran mundo! ¡Qué raros modos de pensar tienen los hombres! En un quarto de hora me ha hecho mi tio diez proposiciones, cada una de las quales me hubieran costado en otro tiempo un año de aplicacion. Alto pues, vamos á ver la novia. Este es por ahora el mejor estudio á que me debo aplicar. *vase.*

ESCENA VI.

Quarto en casa de Doña Leonor.

Doña Leonor y la Marquesita.

Leon. Sobrina mia; si lo haces así, no irás á ninguna visita.

Ros. Yo no he pedido á Vd. que lo haga.

Leon. Hablas con demasiada libertad con los hombres. Yo me sonrojo por tu causa.

Ros. Mas de mil veces me habeis dicho que me queriais algo mas desenvuelta; que os avergonzabais de llevarme á las visitas para hacer allí la figura de la marmota. Me habeis enseñado conceptos espirituosos y brillantes: ¿y ahora porque hablé con un poco de civilidad al Conde Octavio, merezco reprehension?

Leon. Es preciso atender á las circunstancias y ocasiones.

Ros. Si, es verdad: conviene distinguir las ocasiones; pues la sobrina no ha de hablar, quando la Señora tia quiere obsequios.

Leon. Tu eres una impertinente.

Ros. Jamás me lo dixo mi madre, y Vd. podria excusarlo.

Leon. Bien simple he sido yo en tomarme el trabajo de cuidarte, guardarte y demas.

Ros. Yo quisiera salir quanto ántes de este fastidio.

Leon. Sí, sí: ya estás inquieta y rabiando por casarte.

Ros. No sé yo quien tendrá mas ganas.

Leon. Si yo hubiera querido, no hubiera estado viuda tres dias.

Ros. Pero si el Conde Octavio quisiese....

Leon. Tu nombras muy á menudo al Conde Octavio: parece que te se ha quedado muy impreso en la memoria.

Ros. Siempre que veo á Vd. me acuerdo del Conde.

Leon. ¿Como tienes valor para decir esto?

Ros. Chiton; que viene el criado.

Leon. ¡Insensata! ¡ó por mejor decir, insolente!

ESCENA VII.

El criado y dichas.

Criad. Ilustrísimas el Conde Octavio desea visitar á Useñorías.

Las dos. ¿El Conde Octavio?

Leon. ¡Ay! ¡ay! Sobrina; ¡que colorada te has puesto!

Ros. Os habeis sonrojado, Señora tia.

Leon. ¡Qué! ¿Es el amo de esta casa?

Criad. Tambien viene con él el Condecito su sobrino.

Leon. ¿Su sobrino? ¿Qué, ha venido ya de Roma?

Ros. (Con frialdad) ¿Ha venido el Condecito?

Criad. ¿Entrarán?

Leon. Sí, sí, que entren. Esta visita no es por mí. *ap.* *vase el criado.*

Ros. La visita del sobrino destruye la del tio.

Leon. Me alegro, Señora novia.

Ros. Y yo tambien.

Leon. Vendrá el Condecito á ofrecerte la mano.

Ros. Y el Conde Octavio vendrá á ofrecer á Vd. el corazon.

Leon. Que envidia tendrias si así fuese.

Ros. En viendo al Condecito, os lo diré.

ESCENA VIII.

El Conde Octavio, Florindo, las dichas y el criado que pone las sillas, y entra y sale.

Oct. Servidor humildísimo, Señoras. Aquí está el Condecito mi sobrino, que hará dos horas que llegó á Nápoles, y no le ha parecido regular pasar un momento sin venir á ofrecer sus respetos.

Leon. El Señor Condecito es bizarro, quanto es afable y obligante el Conde Octavio su tio.

Flor. Felices puedo llamar los primeros instantes de mi arribo á esta ciudad, por el gusto que tengo de conocer y venerar á unas damas de tanto mérito.

Leon. Señor, vos sois demasiado galante.

Ros. Tanto me confundó con vuestras expresiones generosas, quanto estoy cierta de que no las merezco.

Leon. ¿Qué te parece? ¿Te choca? *á Rosaura.*

Ros. Alguna cosa tiene del tio; pero poco. *á Leonor.*

Leon. Todavía gusta mas del tio que del sobrino. *ap.*

Oct. ¿Qué dices, sobrinito, de estas dos bellas damas?

Flor. Que son preciosas.

Leon. Parece que se burla.

Ros. Como es niño todavía no distingue la una de la otra. *ap.*

Oct. Esta es la Señora Doña Leonor, viuda de un gran Caballero, Coronel de su Magestad que murió gloriosamente en la guerra.

Leon. ¡Ah! ¡demasiado que murió!

Oct. Pobre viudita, no lloreis. Si murió el Coronel, no han muerto todos los hombres. Alguno habrá para vos. No, no lloreis; alegraos.

Leon. Vos me haceis reir.

Oct. Todas las viudas que lloran al muerto, se alegran quando piensan en el vivo. *ap.*

Ros. ¡Qué enamorada está del Conde Octavio! *ap.*

Oct. Y esta es la Marquesita Rosaura. El Marques su padre murió siendo ella niña: su madre murió tambien el año pasado; y la Señora Doña Leonor la hace oficios de madre.

Leon. ¡Oh Señor Conde! ¿Hago oficios de madre? Este es demasiado honor: y no tengo la edad correspondiente para esos oficios.

Ros. ¡Qué no rabiarás! Todavía quiere hacer la niña. *ap.*

Oct. Si no teneis la edad, teneis el juicio: y habiendo estado casada, ya sabeis el modo de vivir en el mundo.

Leon. Apénas se puede decir que estuve casada. El pobrecito Coronel marchó á muy poco tiempo; y no le he visto mas.

Oct. Esta todavía quiere pasar por muchacha. *ap.* ¿Pero tu, sobrino mio, no hablas? Lástima me das. Un mocito que viene de los estudios: ¿se confunde en una conversacion de damas? ¿Apostemos á que yo te hago hablar? Mira, esta es la Señora Rosaura, la qual está ya.....

Ros. Vaya, Señor Conde, no digais mas.

Oct. ¡Qué bella! ¡Qué color tan hermoso! ¿Os avergonzais? *á Ros.*

Ros. Tiempo vendrá en que podamos hablar libremente.

Leon. El tiempo es oportuno, y no se debe perder inútilmente Señor Condecito, ya sabréis que mi sobrina es vuestra novia.

Flor. Un exceso de gozo... me impide... que.. pueda decir.. aquello que quisiera... exprimir... con el corazon.

Desatentado.

Ros. ¡Qué mozo tan frio!

al Conde ap.

Oct. Pobre colegial: es preciso compadecerle. Quiere decir, señoras, que el corazon le sugiere mil expresiones de gozo; pero la cobardía y el respeto no le permiten decir con el labio lo que concibe en su entendimiento.

Leon. Poco á poco se hará al trato brillante. Teniendo un tio como el Conde Octavio, él saldrá perfecto.

Flor. Señoras, perdonad mi confusion, que me hace pasar por rústico y mal educado. Todavía no me ha abandonado mi espíritu: y quando me haya acostumbrado á tratar con las damas, entónces no me faltarán palabras para corresponder á sus finezas.

Oct. ¡Bueno, sobrino, bueno! viva.

Leon. ¡Viva, viva: bellísimo!

Ros Buenas palabras, pero sin gracia. *ap.*

Oct. ¿Qué decis, Marquesita? ¿No es brillante vuestro novio?

Ros. Brillantísimo. *con ironía.*

Oct. Con su permiso, Señoras; se me ha olvidado decir una cosa importante á mi sobrino. Condecito, escuchad una palabra. *Se levanta.*

Flor. Con licencia, Señoras.

Leon. ¿Qué dices, sobrina? ¿No es galante?

Ros. Señora tia, ¿si os diesen á escoger, qual seria de los dos, el tio, ó el sobrino?

Leon. Para tí que eres niña el sobrino, á mí me adaptaria mucho mejor el tio.

Ros. Poca diferencia hay entre los dos. Vd. apénas estuvo casada.

Leon. Vaya: me pareces un poco ladina.

Oct. Dime la verdad: ¿Te agrada la Marquesita?

Flor. Si, Señor.

Oct. ¿La tomarias de buena gana por muger?

Flor. Con mucho gusto.

Oct. ¿Qué te ries?

Flor. Estas no son cosas para llorar.

Oct. Rie ahora lo que puedas, que algun dia no reirás. *ap.*

Flor. Yo no sé en que mundo estoy: me parece que sueño. *ap.*

Oct. Ya volvemos acá. Perdonadnos, Señoras. *Se sientan.* He preguntado á mi sobrino una cosa que me daba cuidado, y me tenia pensativo.

Flor. Mas cuidado me daba á mí que á mi tio.

Leon. ¿Y se puede saber que cosa le habeis preguntado?

Oct. El lo puede decir.

Leon. Yo no tengo tanta libertad para preguntar al Condecito.

Ros.

Ros. Vd. no tiene libertad con el sobrino; pero si con el tio.

Oct. Sí, Señora. Avéngase Vd. con el Condecito que nosotros ya nos las avendrémos; mozos con mozos y viejos con viejos.

Leon. ¿Cómo es eso de viejos?

Oct. Yo soy viejo.

Leon. No es así. Mas quando lo fueseis vos, yo no lo soy.

Oct. Pues si sois moza, no haceis para mi.

Leon. ¿Por qué?

Oct. Porque no me gustan muchachicas.

Leon. Ea; ya entiendo que os gustan de mediana edad; pero vieja....

Oct. ¿Querida mediana edad, me quereis bien?

Ros. Señor Conde, me alegro muchísimo.

Oct. Eh, Señorita; estad á vuestro negocio, y dexadme.

Flor. ¡Oh que tio tan amable!

Oct. ¡Oh que sobrino tan frio! ¿Tienes la novia al lado, y no la dices quatro palabras dulces? ¡Que juventud tan desabrida! ¿Esta es, Señora Leonor, la juventud del dia, y por esto me gusta mucho la media edad. Qué decis?

Criad. Señor Conde; la Señora Condesa Beatriz ha enviado un recado, diciendo: que la hora pasa, y os espera á comer.

Oct. Si, vamos, Señora Doña Leonor, y hagamos una burla á mi cuñada. Venid tambien conmigo.

Leon. No quisiera que esta burla disgustase á la Condesa.

Oct. ¿Que la disguste, ó no, en mi quarto se come. ¿Señora Marquesita gustais venir con nosotros?

Leon. ¡Oh! es muy niña, y no es decente.

Oct. ¡Si, decis bien: una niña á una mesa! Oh no por cierto. Yo no quiero niñas; las quiero de mediana edad.

Ros. ¿Con que Vd., Señora tia, irá, y yo quedaré sola?

Leon. ¿Y que quieres que haga? Tu no puedes venir.

Ros. Paciencia: me quedaré sola.

Leon. Yo no puedo desayrar al Conde Octavio.

Ros. Bien, bien: id allá. Yo quedaré sola. ¡Qué buena ocasion! *ap.*

Flor. ¿Señor tio, podré quedarme yo para hacer compañía á la Marquesita Rosaura?

Oct. Buen mozo por cierto. ¿Y te quedarias gustoso?

Flor. Si pudiera... *huyéndose.*

Oct. Ya se va despejando mi sobrino. Si: te quedarás: te quedarás. Vamos, vamos; que esperan los convidados.

Leon. Marquesita, tened paciencia. Sois niña, y....

Ros. Y... y.. mala bomba te cayga. *ap.*

Oct. Sobrino, sirve á la Señora Leonor.

Leon. ¡Oh! perdonadme. No quiero dar zelos á la Marquesita. Favorecedme vos, Señor Conde.

Oct. Sí, sí: venid acá, graciosísima mediana edad mia. Mediana edad vos, y yo mediana edad compondrémos un siglo.

ESCENA IX.

La Marquesita Rosaura y el Condecito Florindo.

Flor. Señora Marquesita, á los pies de Vd.

Ros. Servidora... *Seria.*

Flor. ¿Tan poco favor me haceis?

Ros. Hago lo que debo.

Flor. Si me haceis digno de vuestra gracia, me veréis mas brillante que mi tio. Empleará todo mi espíritu en serviros. Si; lo veréis, y en este mismo instante os voy á componer un soneto amoroso. *vase.*

Ros. Otra cosa quiero yo, y no sonetos. Para enamorar á una muger es necesario tener viveza natural, galantería y espíritu. ¿Mi tia se ha inclinado al Conde Octavio, y sobre esto poco tengo que discurrir... ¿Pero me casaré yo con el Condecito Florindo? Si: me casaré: y aunque no es tan brillante ni tan gracioso como el tio; no importa. Para marido es bueno y y bello; y con un marido no hay necesidad de palabras brillantes. *vase.*

ES-

ESCENA X.

Quarto del Conde Octavio.

El Conde Lelio, el Doctor y el Camarero.

Cam. Suplico á Useñorías se entretengan aquí, pues ya no puede tardar mi amo el Conde. *vase.*

Dr. Ya empieza á resentirse el estómago.

Lel. Como yo no ceno; estoy con muy buena disposicion.

Dr. ¿Y por qué no cenais? Cenar mucho, sin dificultad es malo, pero no tomar nada, no lo apruebo.

Lel. Diré: cada dia voy á disfrutar la mesa de algun amigo: un dia uno y otro dia otro, se come tarde, y como con la conversacion se come mucho, no hay ganas de cenar.

Dr. Ciertamente es esta la mejor vida que se puede desear. Comer con los amigos, y ahorrar la cena por la noche.

Lel. Creedme, señor Doctor, que me incomoda infinito.

Dr. ¿Y por qué vais á comer, si tanto os incomoda?

Lel. Voy por no disgustar á los amigos.

Dr. ¿Y venis muy á menudo á esta casa del Conde?

Lel. Freqüentisimamente, dos ó tres veces cada semana.

Dr. Pero siempre os enviará recado, os rogará, suplicará....

Lel. Nada de eso: yo vengo quando me da la gana, y me siento á comer sin decir á nadie cosa alguna.

Dr. Pero si á Vd. le incomoda tanto el comer fuera de su casa, podria Vd. excusar tales venidas.

Lel. ¡Pobre de mí sino viniera! Lo llevaria muy á mal el Conde.

Dr. Con que será preciso decir que su compañía le agrada.

Lel. Diré: el Conde es un hombre que hace vanidad de recibir á su mesa á qualquiera persona de respeto, y por eso siempre me está atormentando para que venga á comer.

Dr. ¡Qué pegote tan impertinente! *ap.*

Lel. ¿Y vos habeis comido alguna vez con el Conde Octavio?

Dr. Por empeño suyo solamente he comido una.

Lel. ¿Y que decís de su mesa? ¿No es magnífica?

Dr. Es mesa de príncipes.

Lel. Escuchad. A Vd. se lo digo porque es hombre de bien. Yo no sé como lo hace. Sus rentas no dan para tanto gasto. Yo sé muy bien como van todos sus negocios.

Dr. Yo creo que si no pudiera no lo haria.

Lel. ¿Y quantas cosas se hacen que no se pueden hacer? Ya lo verémos algun dia.

Dr. Usía me perdone: pero esto es discurrir sin fundamento.

Lel. Yo hablo como lo percibo, pues no tengo salario del Conde.

Dr. Pero come Usía á su mesa quando quiere.

Lel. Si como á su mesa pienso hacerle mucho honor.

Dr. ¡Qué desgracia! ¡Pero quan cierto es que estos grandes Señores dan de comer á una gente ingrata, y á una gente que vilipendia á su mismo bienhechor.

ESCENA XI.

Pantaleon, el Camarero y dichos.

Pant. Bien, querido, bien: esperaré á que venga para tener el honor de comer en su compañía.

Cam. Descanse Vd. pues ya poco tardará en venir. *vase.*

Lel. Señor Pantaleon, á la disposicion de Vd.

Pant. Servidor obligado.

Dr. Dios guarde á Vd., querido amigo.

Pant. ¡Oh Señor Doctor! Quanto me alegro ver á Vd. en esta casa.

Lel. ¿Y Vd. tambien, Señor Pantaleon, viene á comer con el Conde?

Pant. Tambien vengo á disfrutar la fineza de este Caballero.

Lel. Si: el Conde Octavio es hombre de buen corazon: recibe á su mesa á todo género de personas.

Pant. ¿Cómo habla Usía Señor? Si me recibe á su mesa, yo soy un hombre de bien, un mercader honrado; y los hombres de mi clase no nos vamos á pagar á la mesa de los Caballeros. En mi casa se cuece cada dia la olla, á la que acompañan varios principios para obsequiar freqüentemente á todos los hombres de bien y á mis amigos. Si por ventura voy alguna vez á comer con algun Caballero lo hago porque soy bien admitido, bien visto y porque me gusta la conversacion; pero no distribuyo los dias de la semana unos en una casa y otros en otra, para ahorrar la mesada y llenar la panza á costa agena. *con calor.*

Lel. ¿ Señor Dr. que decís de la librería del Conde?

Dr. Digo que tiene muchos libros y buenos.

Lel. ¡Eh! Todo es morralla. Si tiene algun libro bueno, yo le he precisado á que le compre, porque el Conde no lo entiende.

Dr. El Señor Pantaleon le ha enseñado á conocer los libros. *ap.*

Pant. Si él ha oido á este Señor me habrá entendido.

ESCENA XII.

La Condesa Beatriz, la Baronesa Clarice y dichos.

Beat. Señores, ustedes estarán desazonados: yo lo siento. La hora pasa, y parece que no se piensa en comer.

Lel. Por mí, Señora, no tengais cuidado. Con el chocolate tengo yo bastante para todo el dia.

Dr. Dice bien el Señor Conde Lelio. El chocolate del Señor Conde Octavio es precioso. Hemos tomado una buena xícara.

Lel. Si: y es de aquello mismo que yo he regalado al Conde.

Pant. Puches, puches.

Lel. ¿ Qué decís?

Pant. Qué me gustan las puches muchísimo: ¿ y á Useñoría?

Lel. Yo no respondo á semejantes pedanterías.

Beat. Este Señor Conde Octavio tiene poca crianza.

Lel. A la verdad es poca civilidad hacer esperar á dos damas.

Clar. Por mi parte no debe tener el Conde ninguna sujecion.

Beat. Y por la mia ménos, pues soy su cuñada.

Lel. El Conde Octavio tiene un ayre muy superior.

Clar. ¿ Os ha tratado mal alguna vez?

Lel. No; pero le quiero bien, y siento en el alma que le critiquen sobre su condicion y genio.

Pant. Pues yo, Señor mio, oygo cada dia todo lo contrario; y veo que todo el mundo le alaba, le quiere y le respeta.

Lel. ¿ Y que sabe Vd. de esto, si es Vd. un ignorante?

Pant. Yo os responderia como mereceis, si no estuviéramos aquí.

Dr. El Señor Conde Octavio, por decirlo todo de una vez, y clarito como el agua, es el ídolo de Nápoles.

Lel. Eh, Señor, vaya Vd. á tomar el pulso á los muertos.

Dr. Useñoría, Señor Conde, habla muy mal.

ESCENA XIII.

El Conde Octavio dando el brazo á Doña Leonor, y dichos.

Oct. Por el amor de Dios disculpadme, Señores, si he tardado el buen apetito hará ménos mala la comida. Comerémos con gusto, aunque tal vez no será así.

Clar. Debemos disculpar al Señor Conde si ha tardado en venir, puesto que estaba ocupado en servir á una dama.

Leon. Si el Conde hubiera sabido que la Señora Baronesa le esperaba, hubiera venido mas presto.

Oct. ¡Oh que rato tan bueno voy á tener hoy! Señoras mias, yo estoy interesado en vuestros cumplimientos, y me considero obligado á satisfacer á las dos. La Señora Doña Leonor tenia motivos para entretenerme. La Seño-

ra Baronesa tiene razon para reconvenirme. La que esté abaxo, excúseme, y la que esté arriba, estese.

Clar. ¡Qué raro modo de hablar! Yo no lo entiendo. *ap.*

Leon. ¿Quién sabe si yo estaré arriba, ó abaxo? *ap.*

Beat. No esperaba yo que traxese consigo á Doña Leonor. *ap.*

Oct. Señor Lelio, os doy infinitas gracias por el favor que me haceis de acompañarnos á la mesa. ¿Qué novedades hay?

Lel. Algunas he oido; pero de esto hablarémos en la mesa.

Oct. Bien, bien hablarémos. Despues quiero haceros ver, una vez que sois inteligente en la gineta, un caballo que compré ayer, y que os agradará mucho, muchísimo.

Lel. ¿De qué raza es?

Oct. De los caballos de España.

Lel. ¿De qué color?

Oct. Alazan. *Lel.* ¿Es potro?

Oct. No tiene mas que tres años.

Lel. ¿Le habeis probado ya?

Oct. Ayer le monté mas de tres horas. Juguetea admirablemente, tiene ancas redondas; corto de cuello, y de cabeza pequeña; quando la levanta enamora; quando corbetea es un gusto. Es dulce de boca, obediente al freno, pasea, danza, galopea, muda de tiempos sin descomponerse; no tiene vicio ni falta: es una alhaja de aquellas que produce España.

Lel. ¿Y quánto os ha costado?

Oct. Ochenta zequies; pero ahora no le daré por cien doblones.

Lel. Ciertamente no es caro: y mas siendo de España.

Beat. Los zequies se van y el púpilo se arruina. Ya nos verémos quando llegue el caso de presentar las cuentas. *ap.*

Leon. Señor Conde, nosotras no entendemos de caballos: hablad de cosas en que podamos hacer baza.

Oct. Con mucho gusto. ¿Señor Pantaleon, teneis acaso algunas buenas modas de Francia?

Pant. Si, Señor; las tengo excelentes, exquisitas.

Oct. Enviadme quatro ó seis piezas. Quiero escoger un par de ellas, para que vean estas Señoras si tengo buen gusto.

Pant. Disimulad, Señor: ¿quereis hacer algun regalo á la novia del Condecito Florindo?

Oct. ¡Oh! el Condecito las escogerá á su gusto. Yo tambien hago mis regalos: yo tambien tengo mis amores.
Mirando á Clarice y á Leonor.

Clar. Parece que habla por mí. *ap.*

Leon. Sin duda por mí lo dice. *ap.*

Oct. ¿Señor Doctor, si Vd. hubiese de disponer de algun hombre, de qué edad le aconsejaria Vd. que se casase?

Dr. Así poco mas ó ménos de mediana edad.

Oct. ¡Bravo! ¡bravo! De mediana edad. ¿Y quántos años deberia tener la muger?

Dr. Ella, así, supongamos, si alcanza ó no llega.

Oct. ¿De mediana edad? Viva la edad mediana.

Leon. Sí, sí, ni demasido jóven, ni demasiado adelantada.

Clar. De veinte y siete á veinte ocho años. ¿Es así Señor Doctor?

Dr. Justo. Useñoría ha dado en el punto.

Leon. Quando una doncella ha llegado á aquella edad, es señal que no ha tenido ocasion para casarse.

Clar. Ademas, Señor Doctor, yo he oido decir que una viuda siempre es vieja. ¿No es verdad?

Dr. Excusadme, Señora, pues sobre esto no debo abrir mi boca.

ESCENA XIV.

El Condecito Florindo y dichos.

Flor. Servidor de Ustedes, Señores.

Oct. ¡Oh qué buen sobrino! Vamos, vamos á comer.

Beat. ¿Dónde has estado hasta ahora?

Flor. En mi quarto.

Oct. ¿Qué es esto? Una madre prudente no pregunta semejantes cosas Habrá estado con la novia. Vamos Señores, vamos á comer: fuera espadas, fuera

ra pelucas: libertad, libertad. Mal haya tantas ceremonias. ¿Todavía no? Quien tenga ganas, venga, y el que no, que se quede. Señoritas, fuera cumplimientos, fuera: vamos. *da el brazo á Clarice y á Leonor.*

Beat. ¿En donde has estado, infeliz?

Flor. Señora, ya he dicho otra vez, que en mi quarto.

Beat. Despues de comer lo verémos.

Flor Parece que mi madre no me quiere. Voyme con mi tio. *vase.*

Dr. Vamos, vamos, Señor Pantaleon. *Con ceremonia.*

Lel Con licencia: primero soy yo.

Dr. Dice bien, pues tiene mas ganas que ninguno.

Lel. ¡Ignorante!

Dr. ¿Qué decis, Señor Pantaleon de este hambriento insolente?

Pant. Digo que un Caballero de buen gusto no debia sufrir en su casa, mi admitir á su mesa hombre semejante.

Dr. Tal vez el Conde le sufre, porque podrá ser que se sirva de él en sus negocios.

Pant. ¡Qué! ¿Hará del tercero?

Dr. Quando viene la ocasion, estos mogollones, estos pegotes y estos petardistas hacen á todo.

Pant. Pero esta gente mogollona es la que hace fortuna, bufones todos, todos desvergonzados, atrevidos, insolentes, hambrientos, terceros, petardistas, y.. y.. y...

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Quarto preparado para tomar el café.

Brigela, Arlequin y otros Criados.

Brig Vamos, muchachos, traed la mesa, y preparemos el cafe y el rosóli. Poned luces, porque luego es de noche. *Los criados lo preparan todo.* Vaya, Señor Arlequin, haga Vd. algo.

Arl. Mi señor Mayordomo, ya he hecho lo que debia en la cocina, y no quiero hacer mas.

Brig. ¡Como! ¿Así se responde á un Mayordomo?

Arl. Mandadme lo que me toca, y lo haré con gusto.

Brig. Tú has de hacer todo lo que yo quiera: y debes ayudar á preparar la mesa, y lo demas que ocurra.

Arl. Pero miéntras hago esto, no puedo hacer otra cosa.

Brig. ¿Y que otra cosa es la que te mandan hacer?

Arl. Yo pienso que Vd. no sabe qual sea mi obligacion.

Brig. Puede ser que no lo sepa; y en este caso dimelo tu.

Arl. Pues digo: que el Mayordomo, no este último, sino el antecedente á este último, sabia mandar, y yo estaba precisado á saber obedecer.

Brig. ¿Pues dime presto, presto, qué te mandaba?

Arl. Quando iba con él á la plaza, me hacia llevar una esportilla, á mas de la que llevaba de casa. Quando habia comprado la carne, la ternera, los pollos y la fruta; de cada cosa tomaba una porcion, y poniéndola en la esportilla me decia: Arlequin, lleva todo esto. ¿Adivine Vd. á quién?

Brig. Yo no lo puedo adivinar: pero dilo tú: ¿á quien?

Arl. A su comadre. Quando acababa de hacer los pasteles, cogia una media docena, y me decia: Arlequin, lleva esta media docena de pasteles. Sabe Vd. á quién? *Brig.* ¿A quien?

Arl. ¿A quien? á su comadre. Acabada la mesa de los amos cortaba un pedazo de asado, una media torta, un medio pastel; y despues al instante me decia: Arlequin, lleva todo esto. ¿Sabe Vd. á quién? *Brig.* ¿A quien?

Arl. A su comadre. Despues de haber comido, todo el sobrante de frascos y de botellas; y de los frascos llenos, y de las botellas enteras, él llenaba el corpanchon, y despues me decia: Arlequin, lleva este vino. Pero esto no acertará Vd. á donde.

Brig. ¿A donde?

Arl. ¿A dónde? A su comadre.

Brig. ¿Todo á su comadre?

Arl. Si, Señor, si: y yo le obedecia con la mayor fidelidad. ¿Y sabe Vd. por qué? Porque con la ocasion de la comadre, robaba yo tambien como el Señor compadre.

Brig. El era un buen hombre.

Arl. Si, Señor, me queria mucho, muchisimo.

Brig. Pero tu bien ves que yo no envio nada á nadie, y que sirvo honradamente á mi amo. Mi servicio es formal, y por consiguiente quiero ser obedecido. Vamos, vamos á la obligacion. Arrima aquellas sillas.

Arl. Presto, vamos: arrima aquellas sillas.

Brig. Digo á ti.

Arl. Y yo á Vd.

Brig. Como, pedazo de salvage: insolente.

Arl. Si Vd. me pierde el respeto, recurriré....

Brig. ¿A quien recurrirás?

Arl. A mis protectores.

Brig. ¿Y quienes son tus protectores?

Arl. La Señora comadre.

Brig. ¿Tu recurrirás á la Señora comadre? Pues entre tanto sea este tu compadre. *le da un bofeton.*

Arl. (Sin hablar va disponiendo las sillas; y de quando en quando dice:) Muchas gracias, señor compadre. (Y despues de puestas dice:) Con licencia, señor compadre. *vase.*

Brig. Estos picaros, quando se hallan con otros como ellos, están todos muy contentos. Pero el amo viene.

ESCENA II.

El Conde Octavio sirviendo á Doña Leonor, Florindo, Clarice, Lelio, Beatriz, Pantaleon, Doctor y Brigela.

Oct. Mejor verémos con luces. Hacedme el favor de sentaros. y bebamos el café *Se sientan.*

Pant. Siempre conviene un poco de café, despues del vino de Canarias.

Dr. Para apagar el calor, mejor es el agua que el café.

Oct. Señoritas mias, quedo muy obligado con el favor que me habeis hecho. Yo no hallo otro bien en el mundo como la alegria, la compañia de los buenos amigos y el honor que me han hecho estas bellas damas. Querida Baronesita, con vos hablo.

Clar. La agradezco. Yo no bebo café.

Oct. Ea, vaya. *la echa café.*

Clar. De véras no me acomoda.

Oct. Vaya, que yo lo doy.

Clar. Porque vos me lo decis, lo tomaré.

Leon. Primero ha servido á ella, y esto no me gusta. *ap.*

Oct. Vamos, carísima mediana edad.

Leon. Yo no quiero parecer ridicula.

Oct. ¿Qué, lo llevais á mal?

Leon. Yo no estoy aqui para ser el objeto de la conversacion.

Oct. Vaya, Señora, no me desaireis; no lo diré mas. Tomad esta taza de café.

Leon. No la quiero. *con enfado.*

Oct. Vaya, tomadla.

Leon. No, Señor.

Oct. Vamos, querida... *con gracia.*

León. Sois el demonio. *lo toma risueña.*

Oct. Entre vos y yo podemos hacer una bella casta de diablos.

Clar. Quando habla con Doña Leonor se encanta, se derrite, y nunca acaba. *ap.*

Oct. ¿Señor Lelio, y Vd. no dice nada?

Lel. Yo alegro mi espiritu con estas graciosas damas.

Oct. Una vez que Vd. alegra su espiritu con ellas, yo tambien me alegro mucho.

Lel. ¿Y qué pretendeis decir con esto?

Oct. Mis cosas yo no las digo en público.

Lel. Bien podeis considerar que somos dos.

Oct. Por lo mismo no me hace fuerza.

Lel. Segun eso las quereis todas para vos.

Clar. No se puede dividir en dos el Señor Conde Octavio.

Leon. Es verdad. Será todo de la Señora Baronesa.

Clar. Yo me considero de poquísimo mérito.

Oct. Vamos, Señoras mias, yo quiero declararme. Yo ya he pensado qual ha

ha de ser mi esposa. Lo diré publicamente, y todos quedarán contentos.

Beat. Pero es preciso saber si la conocemos.

Oct. ¿Si la conoceis? Mi esposa está sentada á la mesa.

Clar. ¡Cómo! ¿Sentada á la mesa?

Leon. ¿Y está aquí con nosotras?

Oct. Cierto, cierto, aquí está.

Clar. y Leon ¿Y quién es?

Oct. Lo sabreis á su tiempo.

Leon. Yo creo que es la Baronesa.

Clar. Será sin duda Doña Leonor.

Leon. á Oct. Yo quisiera deciros una palabra; pero no me atrevo.

Oct. Con licencia. (*Se cubre la cara hácia la parte de Clarice.*) No tengais zelos. *á Clarice.* Aquí estoy; hablad. *á Leonor.*

Leon. ¿Os casareis con la Baronesa Clarice?

Oct. ¡Yo! Podeis creer que jamas he tenido tal intencion.

Leon. Luego yo soy la esposa. *ap.*

Clar. ¿Y yo, Señor Conde, podré decir tambien una palabra?

Oct. Con mucho gusto. Con licencia. *á Leonor.* Aquí estoy, hablad. *á Clar.* No os asusteis. *á Leonor.*

Clar. Yo sé que habeis dado vuestro corazon á Leonor.

Oct. Si yo me caso con ella, llamadme Caballero indigno.

Clar. ¿Luego yo soy la escogida? *ap.*

Beat. Señor cuñado: pues parece que hoy se acostumbra hablar al oido; ¿podré yo tambien decir una palabra?

Oct. Gustosísimo. Con licencia, Señoras. *Se levanta y va á Beatriz.*

Beat ¿Podré saber yo á qual quereis de las dos?

Oct. Ciertamente os digo que á ninguna.

Beat. ¿A ninguna? Vaya, vaya; me engañais.

Oct. Lo digo como hombre de honor.

Beat. ¿Pues por qué decís que la novia está en la mesa?

Oct. Porque es así; y en esto digo verdad.

Beat. ¿Y no es ninguna de las dos?

Oct. No á fe de Caballero.

Beat. Esta es una especie extraña.

Oct. Poco tardaréis en saberlo. ¿Se os ofrece otra cosa?

Beat. Nada mas.

Oct. Pues me voy á mi asiento.

Beat. Esta si que es buena. ¿Si se le habrá puesto en la cabeza quererse casar con la cuñada? *ap.*

Oct. Aquí vuelvo, graciosísimas damas: perdon os pido. ¿Pero qué es esto? ¿Parece que estais muy suspensas?

Clar. Yo estoy pensando en que no creo ser vuestra esposa.

Leon. Decídlo, y saldrémos de cuidado.

Oct. Me quiero hacer rogar un poco. Entretanto hacedme el favor: bebamos el rosoli, y brindemos á la salud de mi esposa. (*Echa rosoli y todos beben y brindan á la salud de la novia.*)

Flor. ¿Señor tio, todos hemos bebido y brindado á la salud de su novia: y no lo harémos tambien á la salud de la mia?

Oct. Tienes razon, al instante. A la salud de la Marquesita Rosaura.

Tod. Viva, viva.

Oct. Viva la novia de mi sobrino.

Tod. Viva.

Beat. ¿Pero quién es esta novia, ó esta historia? Yo no sé nada.

Oct. Vaya, Señora cuñada: bebed tambien á la salud de vuestra nuera.

Beat. ¡Oh! esto no.

Flor. Sí, querida madre; si me quereis bien, hacedlo por mi amor.

Beat. No. *Flor.* Sí.

Oct. Sí, sí; y viva. Bebed, bebed y viva.

Flor. Querida mamá mia, viva.

Beat. ¡Qué bribones que sois!

Oct. y Flor. Viva la novia, viva.

Beat. Viva, viva ¿Estais contentos? *bebe.*

Oct. Mayordomo. Id al instante á dar un recado á la Marquesita Rosaura, y hacedla saber que toda la comitiva ha brindado por su salud; y especialmente la Condesa Beatriz ha bebido por la salud de su nuera.

Beat. Yo no he dicho....

Oct. Presto, presto: lleva el recado, y no pienses en mas.

Brig. Useñoria Ilustrísima será servido. *vase.*

Oct.

Oct. Hagamos una cosa. Vamos todos á salir al encuentro á la Marquesita. ¿Qué decís, Señora Doña Leonor?
Leon. Que por mi todos son dueños.
Oct. Vaya, Señora cuñada; vamos.
Beat. Vos me querréis poner en algun empeño.
Oct. Si, en un empeño que en dos palabras se deshace.
Flor. Amada madre mia, si me quereis bien, vamos.
Beat. Tu quieres que todo se haga á tu modo.
Oct. Bravo, bravo, vamos. Y vos tambien, Señora Baronesa.
Clar. Yo no tengo amistad con la Señora Marquesita.
Oct. La Condesa Beatriz es vuestra prima.
Leon. Si gustais venir, me haréis honor. Vendrá á rabiar. *ap.*
Clar. Acepto vuestra fineza. Despues la pesará. *ap.*

ESCENA III.

Brigela y los dichos.

Brig. Ilustrísimo. La Señora Marquesita da gracias á toda esta noble tertulia por los brindis que han hecho á su salud: pero particularmente á la Ilustrísima Señora Condesa Beatriz por el cortesísimo brindis que la ha hecho: y porque se ha dignado distinguirla con el nombre de nuera: y protesta que será siempre su apasionada servidora.
Oct. ¡Bravo! Este recado está dado con la mayor gracia. ¿Qué decís, Señora cuñada, no estais contenta con las expresiones de la Marquesita?
Beat. ¿Lo ha dicho ella con estos mismos términos? *á Brigela.*
Brig. Sí, Señora, como hombre de honor y Mayordomo honrado.
Oct. Avisa á la Marquesita que al instante vamos allá todos. *á Brigela.*
Brig. Voy al punto. *vase.*
Oct. Señora Baronesa, hacedme el favor.... *Ofrece la mano á Clarice.*
Leon. El Señor Conde ha de venir tambien, pues me ha favorecido.
Oct. Es verdad: no puedo desertar. Conde Lelio, servid á la Baronesa.
Clar. Aquí, aquí Condecito, servidme. *Vase con Florindo.*
Lel. ¡Impolítica! ¡Mal criada! Me trata asi, y se hace de pencas, porque yo no me hago de miel.
Oct. Vaya, pues, servid á mi cuñada. Vamos, Condesa. *vase con Leonor.*
Lel. ¿Gustais, Señora?
Beat. Me haceis mucho favor.
Lel. Ménos mal. De esta puedo esperar lo que no de la otra. En tiempo de bodas habrá buenas comidas. *ap.* *vase con Beatriz y siguen los demas.*

ESCENA IV.

Quarto de la Marquesita Rosaura.

La Marquesita y el Page.

Ros. Ven acá. Vuélveme á dar el recado que traxo el Mayordomo del Conde.
Pag. Dixo asi: Que el Señor Conde Octavio besaba los pies á la Señora Marquesita, y la hacia saber que venia acá con toda la tertulia.
Ros. ¿Y tambien la Señora Condesa Beatriz?
Pag. Sí, Señora.
Ros. Presto, corre; y asegúrate si viene la Señora Condesa Beatriz.
Pag. Sí, Señora. *quiere irse.*
Ros. Escucha. Pregunta tambien si viene el Condecito.
Pag. Sí, Señora. *quiere irse.*
Ros. Mira. Deseo saber si vienen tambien las damas.
Pag. Mas vueltas doy que un argadillo. *vase.*
Ros. No sé que querrá ser esta novedad. La Condesa Beatriz ha briadado, y ahora viene á mi casa: señal que se ha concluido el Matrimonio. ¿Me alegraré, ó no? ¡Eh! medio sí, medio no.

ESCENA V.

El Page y la dicha.

Pag. Señora, Señora. Desde la ventana he visto la tertulia. Ya vienen, y estan muy cerca.

Ros. ¿Viene la Condesa Beatriz?

Pag. Si, Señora.

Ros. ¿Y el Condecito?

Pag. Si, Señora.

Ros. Está hecho. ¿Quién da la mano á mi tia?

Pag. El Conde Octavio.

Ros. ¡Caramba! Ya estará contenta. Marcha, y quando lleguen, diles que entren.

Pag. Señora ama; me han dicho que Useñoria se casa.

Ros. ¿Y qué tenemos con eso?

Pag. Que tambien yo me quiero casar.

Ros. ¿Y te quieres casar con tan pocos años?

Pag. El perro de mi casa se ha casado con ménos años que yo. *vase.*

Ros. ¡Bella simpleza! Pero ya estan aquí.

ESCENA VI.

El Conde Octavio sirviendo á Leonor. Florindo, Clarice, Lelio, Beatriz Doctor y Pantaleon.

Oct. Beso los pies á la Marquesita.

Leon. Buenas noches, sobrina.

Flor. A la disposicion de mi Señora la Marquesita.

Clar. Servidora vuestra. Perdonad la incomodidad. La compañia es la causa.

Beat. Todos, todos somos de vos.

Lel. Yo tambien tengo el honor de ponerme á sus pies.

Doct. Viva la Señora Marquesita, viva cien mil años.

Pant. Yo digo lo mismo; y el cielo la bendiga.

Ros. ¡A, a; grande alegría! El Conde Octavio infunde el gozo en todos.

Lel. ¿Sabeis quién ha infundido esta alegria?

Ros. ¿Quién?

Lel. Diez botellas de vino exquisito de Canarias.

Ros. ¡Oh! no creo que esten tan alegres por esta razon.

Oct. Decis bien, no estamos alegres por esto: hemos bebido como hombres, no como bestias. La buena compañia que hemos tenido nos hace estar alegres. Una mesa parca y sobria, pero con una buena armonia de todos, y presentada con buen corazon, estas bellas damas y estos brillantes Caballeros todo ha contribuido á tener este buen dia. Pero lo que mas nos ha llenado de gozo sois vos misma, admirable Marquesita. Todos hemos brindado á vuestra salud. Mi cuñada ha dicho, y testigos son todos estos señores: Viva la Marquesita mi nuera. Aquí teneis al Condecito Florindo, que os ofrece la mano; aquí la Condesa Beatriz, que os recibe como hija; y aquí teneis un criado vuestro, á quien honraréis con el titulo de vuestro tio.

Ros. Conde Octavio, no puedo responder á vuestras insinuaciones sino con aceptarlas. Beso las manos á la Condesa Beatriz que se digna recibirme por hija. Juro mi fe al Condecito Florindo. Y á vos, amabilísimo tio, doy las mas humildes gracias, porque me haceis el honor de admitirme en vuestra parentela.

Beat. Marquesita, yo no sé que decir. Si el cielo ha decretado este matrimonio, es justo que se haga. Si amais á mi hijo, yo os amaré igualmente. Yo he dicho que sí, pero sin saber lo que decia. *ap.*

Ros. El cumplimiento es famoso; pero no importa. *ap.*

Flor Amantísima esposa: os recibo con el amor mas perfecto: y para asegураros mi fe, os juro que no me apartaré jamás de vuestro lado.

Ros. Muchas gracias.

Leon. Sobrina, me alegro mucho. Ya estarás contenta.

Ros. Yo pienso que no tardaré mucho en alegrarme con vos.

Leon. Quién sabe: todo puede ser. ¿Conde Octavio, os acordais de vuestro empeño?

Oct. ¿De qual, Señora?

Leon.

Leon. Habeis dado palabra de hacernos saber qual es vuestra novia.

Clar. Es cierto. Sacadnos de este cuidado.

Oct. Soy hombre de bien : lo he prometido y cumpliré mi palabra.

Ros. ¿Tambien se casa el Señor Conde?

Oct. Mi esposa no os molestará.

Beat. Pero bien querrá que se la dé el tratamiento de dama y qualquiera que sea, perdonad Señor Conde, que es una imprudencia el hacerlo.

Oct. ¡Imprudencia!

Beat. *á Florindo.* Pero tu eres un simple. Ni hablas, ni dices nada.

Oct. Vaya di alguna cosa.

Flor. Yo no sé qué decir.

Beat. Si no sabes que decir, yo te lo diré. Di al señor tio que nuestra casa va por tierra; que está perdida, que sus gastos excesivos y magnificos todo lo han precipitado, y que ya no falta otra cosa, sino que se case, para acabar de arruinarla.

Oct. ¿Lo has entendido? Animo, pues: dilo. *á Flor.*

Flor. Mas... si ello fuese asi...

Leon. Vaya: el sobrino no se ha de meter en los negocios del tio.

Clar. Sería bueno que el tio dependiese del sobrino.

Beat. Estas dos Señoras se pican. Cada una aspira á esta fortuna. Sacadlas de pena, y nombrad la esposa.

Oct. Alto, pues; quiero dar gusto á todos. Señor Pantaleon, estas damas desean que yo las dé á conocer mi esposa. he prometido hacerlo, y es justo que lo haga. Señoras mias, la esposa que yo amo, la que he escogido, y la que se ha de casar conmigo, ¿sabeis quién es? Pues es una sociedad mercantil con el Señor Pantaleon Bisoñosi Atended al contrato de nuestras bodas en la presente escritura ═ Queda establecida una sociedad por diez años entre el noble Señor Conde Octavio Astolfo, y el Señor Pantaleon Bisoñosi; habiendo puesto el primero quarenta mil ducados de capital, y el segundo veinte mil; para que todos estos se pongan á negocio, y la utilidad recaiga sobre dichos compañeros. Y porque el Señor Pantaleon debe llevar el nombre y la asistencia al negocio; ademas de la porcion que le corresponde, tendrá un diez por ciento. ¿Lo habeis oido, Señores? Esta es mi esposa y este es mi contrato. De esta manera se desengañará quien habla de mi con tan poco respeto; y porque me ve gastar mas de aquello que dan las rentas de la familia, cree que disipo y que arruino la casa. Este es el fondo de donde saco yo el modo de mantener mis honestos placeres, sin perjuicio del patrimonio. El comercio no desdice, ni se opone á la nobleza; pero por razon de las hablillas de los hombres, me ha convenido tratarle secretamente. Señoras mias muy amadas, yo os pido perdon de la graciosa burla que he pretendido haceros. No penseis que lo he hecho por falta de estimacion y respeto, sino por tener un poco de entretenimiento. Yo no quiero casarme. Trataré á todas las mugeres igualmente: hablaré con quien se digne admitirme á su conversacion; pero en adelante me guardaré muy bien de decir una palabra que pueda lisongear: pues he visto por experiencia quantos males pueden producir las burlas que se dicen.

Clar. Yo por mí siempre me he reido, y lo he tomado como pasatiempo: y aun me maravillaba de Doña Leonor que se lisongeaba de que hablaba por ella.

Leon. Y yo me maravillo de vos. ¿Qué? ¿Pensais que yo no conozco al Conde Octavio? El está acostumbrado á burlarse; y yo le fomentaba para gozar de la escena.

Oct. Gracias al cielo; pues habiendo visto que estas damas entendian perfectamente que yo me divertia, ya no me queda escrúpulo alguno de qualquiera lisonja. Señora cuñada, ¿estais desengañada de que yo sea la ruina de vuestra casa? ¿Creeis ahora que yo he disipado, y arruinado el patrimonio de vuestro hijo?

Beat. Querido cuñado, os pido perdon de mis malos juicios, yo os encomiendo el cuidado y la economia de la casa.

Oct.

Oct. Y si acaso hubiese alguno que piense como vos; ya habrán quedado todos persuadidos de mi puntualidad.

Lel. ¿Quién quereis que piense siniestramente de vos?

Doct. ¡Cuerpo de Dios! Yo no puedo callar; ni ménos lo puedo sufrir: si, quiero hablar. El Señor Conde Lelio ha sido el primero en decir que el Señor Conde Octavio hace mas de lo que puede, que está lleno de deudas, y que quebrará presto.

Lel. ¿Yo? No es verdad; no he dicho tal cosa.

Beat. Demasiadamente es cierto. Lo ha dicho delante de mi; y aun tambien que sois un soberbio.

Oct. ¡Ingrato! ¡Incivil! ¿Así hablais de quien os hace amo de su mesa? Si estuviera yo en mi casa haria que mis criados os echasen por la ventana.

Lel. Yo he dicho lo que he oido decir á otros.

Oct. Pues ahora estais en obligacion de desdeciros.

Lel. Si lo haré, y vos sabréis si lo hago. Entretanto os pido perdon, y os aseguro que jamas me veréis en vuestra casa. *vase.*

Oct. ¡Gente pérfida! ¡gente vil! Mas no hagamos que un miserable hombre turbe la serenidad de nuestra paz. Vamos á acabar de pasar la noche con alegría. En mi casa he dispuesto un poco de bayle. Ahora ya podrá venir Rosaura; y Doña Leonor la conducirá.

Leon. Excusadme, Señor Conde: me duele la cabeza.

Oct. Vendrá con mi cuñada y con la Baronesa Clarice.

Clar. Os doy muchas gracias; pero no puedo asistir, porque tengo precision de volver á casa.

Oct. Ea, vamos, vamos: á ¿qué viene esa melancolía? Hemos reido todo el dia; es preciso reir tambien esta noche. Venid, querida Señorita (*á Clarice.*) Vaya, venid tambien amada mediana edad. (*á Leonor.*) Presto vamos. Florindo, da la mano á tu esposa. Vamos á baylar un poco.

Leon. No me puedo negar. Qué sabemos si mas adelante...

Clar. El Conde Octavio hace las mugeres á su modo. Pero tal vez...

Beat. Marquesita, vamos.

Ros. Estoy contenta y alegre.

Leon. y Clar. Bien puedes; has logrado lo que nosotras....

Oct. Vamos á divertirnos. Vamos á gozar de aquel bien que el cielo y la fortuna nos ofrecen. Gozar del mundo honestamente y con buena alegría sin ofender á ninguno, sin artificios perjudiciales y sin murmuraciones es la vida feliz que constituye al Caballero de buen gusto ¿No es verdad, Señoritas?

Leon. y Clar. Buen chasco nos ha dado por ahora.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona **: En la Oficina de JUAN FRANCISCO PIFERRER, Impresor de S. M.; véndese en su librería administrada por Juan Sellent.**